

El ocio como elemento de construcción identitaria y uniculturalismo en el Imperio Romano

Maximiliano Korstanje
*Vatel. Escuela Internacional
en Administración Hotelera y Turística*

Resumen. En este trabajo intentamos abordar las prácticas de ocio más representativas en la conformación de la Roma imperial (sobre todo en los inicios de la dinastía Julia) y su relación con la mitología grecolatina. También contrastaremos esas prácticas con secciones de las provincias de Hispania, Galia y Germania. En parte, el ocio fundamentaba toda una cosmovisión religiosa y política que representaba la forma en que el romano entendía el mundo fuera de sus límites. La manipulación política de los espacios rituales dedicados al ocio y la configuración de la otredad con relación a la noción griega de *oikoumene* son claves para comprender la asimilación cultural que Roma pretendía en las provincias pacificadas.

Palabras clave: 1. Roma, 2. Alto Imperio, 3. ocio, 4. construcción de la alteridad, 5. asimilación cultural.

Abstract. The most representative leisure practices in Imperial Rome (particularly at the beginnings of the Julian dynasty) and their relationship to Greco-Roman mythology are described. These practices are also contrasted with those of sections of the provinces of Hispania, Gaul, and Germania. In part, leisure practices supported an entire religious and political *Weltanschauung* representing the way in which the Romans saw the world outside their borders. The political manipulation of ritual spaces used for leisure practices and the shaping of the other in relation to the Greek notion of *oikoumene* are key to understanding the cultural assimilation that Rome sought to impose on the pacified provinces.

Keywords: 1. Rome, 2. High Empire, 3. leisure practices, 4. otherness, 5. cultural assimilation.

culturales

VOL. IV, NÚM. 7, ENERO-JUNIO DE 2008
ISSN 1870-1191

Culturales

Introducción

Corría el año 14 d.C., y tras la muerte del emperador Octavio Augusto caía lo que se conoce como la dinastía Julia. Sin embargo, tanto el mismo Augusto como su tío, el ya célebre Cayo Julio César, habían incursionado en las extensiones de los límites del imperio. Se estima que a la muerte de Augusto Roma tenía bajo su ala una gran extensión de territorio, que iba desde Hispania hasta parte de Egipto, pasando por Galia, Britania, Germania, Illyrium, entre otros. Sin lugar a dudas, los Julios (con sus aciertos y sus desaciertos) han pasado a la historia como una de las dinastías más prolíficas de Roma.

Los triunfos y las conquistas militares romanas implicaron una extracción de riquezas de la periferia hacia Roma, diversas modificaciones en la forma romana de cultivo, numerosos esclavos o clientes empobrecidos que engrosaban los alrededores de las grandes ciudades, dándose de esta forma una doble migración centro-periferia entre las provincias y Roma (Gelormini, 2004). Se estima que la Roma de Augusto haya sido una de las capitales más densamente pobladas del mundo antiguo, en la cual convivían personas provenientes de diferentes lugares, credos, y etnias (Grimal, 2002).

En este contexto de diversidad cultural, nos proponemos describir la relación que existe entre la mitología grecorromana y las prácticas más comunes del ocio, y consecuentemente, su función en los procesos culturales de “asimilación” en las provincias de Hispania, Galia y Germania. En este sentido, han sido útiles las obras clásicas de diversos autores, aunque tres de ellos son de capital importancia. Para Hispania nos hemos servido de *Nuevos estudios sobre la romanización* (1989), obra del profesor José María Blázquez, y para Galia, los *Comentarios sobre la guerra de la Galia*, de Julio César (2004), han permitido reconstruir en parte lo que fueron las costumbres culturales de galos y germanos. Asimismo, Cornelio Tácito, en su obra *De las costumbres, sitios y pueblos de la Germania* (1952), ha hecho

El ocio como elemento de construcción identitaria

lo propio sobre los patrones culturales de los pueblos germanos a orillas de río Rin.

El trabajo se divide en tres partes: la primera hace una breve referencia al papel de la mitología como mecanismo de construcción de la otredad. En segundo lugar se hace una breve introducción sobre las formas (más comunes) como se practicaba el ocio urbano. Por último, en una tercera fase construiremos el vínculo que el orden político y el *otium* tenían en las provincias (fuera de Roma) y el papel que éste jugó en la asimilación cultural de las tribus ibéricas, célticas y germanas.

Mitología y otium

Comprendemos el mito como una historia *fabulada*, la cual relata un acontecimiento *atemporal* que ha tenido lugar en un pasado mejor. Como tal, éste adquiere una complejidad que puede adaptarse e interpretarse en perspectivas múltiples. La función del mito es ordenar por medio de un sistema taxonómico la realidad social, influyendo sobre las prácticas presentes y condicionando la cosmovisión del mundo (Eliade, 1968).

La civilización romana, entre el II y el I a.C., fue construida tomando varios aspectos de la cultura helénica occidental, sobre todo aquellos basados en una estructura jerárquica. La organización social estaba configurada alrededor de la noción de *civitas* (Grimal, 2002). En este sentido, Jiménez de Guzmán señala que

en ella coexistían dos clases sociales: el *civis* o ciudadano romano, sujeto de todos los derechos, que a su vez podía ser noble (*nobilis*) o plebeyo (*profanum vulgus*), y el *servus* o siervo, quien no tenía la ciudadanía pero sí la posibilidad de obtenerla, de comprarla (liberto). Al igual que en la sociedad griega, para cada una de estas clases romanas existían una serie de actividades que las caracterizaban. Es así como al *civis* le estaban reservadas dos actividades: la *occupatio*, que era la actividad normal y corriente, donde se dedicaba al comercio,

Culturales

al manejo administrativo, al cuidado de sus bienes; y el *otium*, algo así como la *ascholé* griega pero con implicaciones filosóficas menos profundas (1986:25).

De esta manera, definimos al *otium* como una institución social basada en el tiempo no obligado de los ciudadanos romanos y que interactuaba con estructuras de diversa índole, como la política, la económica y la religiosa. Empero, ¿cómo vincular a la mitología con las prácticas del *otium* latino?

Si bien diferentes etnias han conformado la etnogénesis latina, la Roma *quadratta* parece haberse asentado sobre una base geográfica de 28 kilómetros desde el Tíber hasta el mar Tirreno (Martínez Pinna, 2002:174; Grimal, 2002:82). En la mitología romana, así como en sus versos y en el trabajo de los poetas, se encuentra referencia constante al papel que la agricultura jugaba para la economía antes de la consolidación del proceso imperial (Grimal, 1985; Solá, 2004). La comunicación del ciudadano con sus dioses tenía una doble función: por un lado, un intercambio de favores en lo que se podría llamar la fórmula *te doy para que me des* (Solá, 2004:6); pero también, por el otro, la predicción y el consentimiento divino ante las futuras empresas. Así, cada tipo de actividad, como la cosecha o la siembra, poseía un dios particular. Cualquier empresa, sin interesar su naturaleza, debía ser “inaugurada”. Es decir, antes de realizar una empresa el romano invocaba a los dioses en búsqueda de aceptación. Aquellas personas encargadas de interpretar los designios divinos se llamaban a sí mismos “augures” (Solá, 2004:18).

Si bien el mito fundador del mundo romano comienza en parte con Rémulo y Remo, existe uno (helénico) más antiguo aún que a nuestro modo de ver explica adecuadamente la forma en que el romano concebía su “estar” en el mundo. Desde una perspectiva exegética, el mito (entre otros) de Prometeo destaca la visión que se tenía sobre el trabajo y, consecuentemente, sobre el ocio también. Recordemos que, castigado por haber otorgado al hombre el dominio sobre el fuego, Prometeo (hijo del titán Jápeto) fue

El ocio como elemento de construcción identitaria

condenado por Júpiter a que sus entrañas fueran devoradas por un águila durante el día, mientras se regeneraban por las noches para ser comidas nuevamente al día siguiente. Luego, Hércules libera a Prometeo matando al ave y dándole al hombre el fuego. Los elementos analíticos que surgen de este relato son claros a grandes rasgos. Por un lado, esta visión concuerda con mitos de diversas civilizaciones en cuanto a que existe un proceso cíclico de creación y destrucción para una nueva creación. Análogamente, este proceso obedece a una lógica existente entre trabajo y ocio (Eliade, 2006; Korstanje, 2007). En el mito de Prometeo, el hecho de estar encadenado y la desagradable sensación de ser picoteado por un águila simbolizan el trabajo durante el día, en tanto que la regeneración de los órganos dañados simboliza el descanso. Producto de esa relación cíclica y de la ayuda de Hércules (ser sobrenatural) surge el fuego, el cual hace clara referencia a la avidez de conocimiento y manejo en la tecnología. Hércules otorga esas facultades al hombre en contra de la voluntad del dios Júpiter.

Este hecho marca la diferenciación del hombre con respecto a los animales y su “superioridad” como administrador y dominador de ella. No era extraño, en años posteriores, observar en los espectáculos de gladiadores (*ludi gladiatorii*) el enfrentamiento de éstos con animales salvajes. El discurso apunta a que Roma como civilización dominante no sólo tenía acceso a la tecnología, sino que además se configuraba como administradora del orden natural (Duby y Aries, 1985; Veyne, 1985).

No obstante, el ocio y el placer parecían no ser exclusividad de los humanos y también los disfrutaban sus propios dioses. En efecto, durante sus ratos de ocio los romanos creían que sus deidades también se relajaban y distendían. Con características muy similares a las humanas, el dios Momo (o dios de la locura) era aquel cuya función consistía en divertir a los integrantes del Olimpo. La figura de los “bufones” en los reyes medievales deriva en gran medida de este mito (Solá, 2004:80).

Las diversas aventuras amorosas de Júpiter llevan a una compleja y difusa descendencia. En una de sus incursiones, Júpiter

Culturales

se le presenta a Alcmena como el rey Anfitrión (su marido) y juntos engendran a Hércules. El punto es que Alcmena tardó un tiempo en darse cuenta de la farsa. Anfitrión se convirtió en un buen padre para Hércules; se ocupó de su educación y de inducirlo al mundo de las armas. El dios Ismeno le enseñó literatura y ciencias. Con una eximia disciplina, que lo distanciaba bastante de su padre biológico, Hércules es adoptado por los romanos dándole ciertas características latinas. La historia de este héroe mitológico estuvo plagada de combates (12) contra el orden imperante (incluyendo los deseos de su propio padre al privar del fuego a Prometeo); pero se le agregó otra hazaña más (latina en su forma). Tras asesinar al ladrón Caco, Hércules es invitado por el hospitalario rey Faunus, quien buscaba la gloria a expensas de éste. La idea era simple, y consistía en sorprender y dar muerte al legendario héroe mientras era huésped del codicioso rey –con el objetivo de figurar como aquel que venció al invencible–. Este mito demuestra la naturaleza ambigua que los antiguos le daban a la hospitalidad. Por un lado, ésta ofrecía un aspecto sensual y agradable, y por el otro, se hacía expresa referencia a la farsa, la mentira y la traición. En realidad, lo que se deduce de la lectura es la fascinación que experimentaban los romanos por la sensualidad (ostentación) y la autoridad. Por otra parte, si imaginamos por un momento, Roma habría sido un centro cosmopolita en donde confluían personajes de diversos ámbitos del mundo entonces conocido. El calendario religioso romano reflejaba una mezcla de jovialidad, divinidad y hospitalidad. Si bien en sus orígenes eran pocas las festividades religiosas, lo cierto es que en un momento de su historia llegaron a contarse más días festivos que laborales. Las fiestas religiosas ocupaban 45 días del calendario, a las que había que agregar las particulares, barriales y de otra índole. Así, encontramos juegos públicos con arreglo a las fiestas Saturnales, Lupercales, las Equiria y las Seculares (Solá, 2004:33; Bringmann, 1994).

Las fiestas religiosas pueden entenderse como grandes rituales multitudinarios con los que se recordaba al pueblo la supremacía

El ocio como elemento de construcción identitaria

tecnológica y económica de Roma sobre el resto del mundo bárbaro. Pero no sólo eso; además, evocaba una naturaleza jerárquica basada en elaborados códigos de estatus, prestigio e intercambio entre cuyos eslabones estaba la forma en que se llevaba a cabo el *otium*. A lo largo de los años, y a medida que Roma se transformaba en un imperio, las costumbres y los mitos fueron cambiando. Así como los romanos colonizaban lejanas y distantes tierras, diversos objetos, mitos y leyendas eran incorporados en una especie de sincretismo religioso. Ésta fue la manera como se fueron modificando sus costumbres, tornando las relaciones sociales cada vez más complejas. El apego por la tierra y el trabajo comenzó a ser mal visto por ciertos grupos privilegiados, dando origen a lo que Thorstein Veblen denominó una clase ociosa (Veblen, 1974).

Sin embargo, ¿podrían considerarse como unidades analíticas similares el ocio y el placer en ese entonces? La leyenda de voluptuosidad y Psyché no hace más que recordarles a los filósofos romanos y griegos la naturaleza entrópica que implica la satisfacción del placer constante y la diferencia con la felicidad auténtica. Y este mito va a ser invocado una y otra vez por todos aquellos que critiquen los lujos desmedidos y las prácticas de los ciudadanos urbanos, resumiendo el triste final de Psyqué, que perdió a su amor (desconocido) como producto de su curiosidad y la intriga que supieron en ella despertarle sus envidiosas hermanas (Robert, 1992:43).

El crecimiento de Roma como civilización fue dándose lenta y paulatinamente, y sus consecuencias fueron notándose también en su mitología y en sus costumbres morales. El profesor Jean Noel Robert nos introduce (por la segunda guerra púnica) en la paulatina incorporación de la Venus del monte Eryx (lugar en donde se dio la exitosa ofensiva romana contra Cartago). Una forma de demostrar agradecimiento era la veneración y el tributo a Venus. Asimismo, esta diosa, conformada en Sicilia por costumbres orientales que los antiguos romanos de la república consideraban escandalosas, trajo no pocos problemas al senado. Como bien señala el autor,

Culturales

este culto siciliano, de carácter fuertemente oriental, estaba servido por esclavas de la diosa que se entregaban a la prostitución. Introducir en Roma un culto tan poco moral espantaba a las autoridades, que, sin embargo, en estos inciertos tiempos, consideraron que la victoria no tenía precio, ni siquiera el de la virtud (Robert, 1992:17).

De esta forma, el senado intentó por todos los medios aceptar a la Venus Erycina, la cual simbolizaba el desenfreno, el amor, la pasión y la lujuria, oponiendo una figura totalmente contraria a ésta: la Venus Verticordia, orientada a la virtud, la castidad, el amor como signo de belleza y pureza. Esta inevitable rivalidad, sostiene Robert, “la del placer, la Venus Erycina, y la de la virtud, la Venus Verticordia, constituye una buena imagen de la evolución de las costumbres en Roma y de la lucha del placer contra la moral” (Robert, 1992:17). Esto nos lleva a suponer que entonces hubo una era en la historia latina en la que ocio y placer parecen no haber sido la misma cosa. Aunque por otro lado, si bien la mayoría de los romanos (de poca instrucción) confundiera placer con ocio, existía un grupo de individuos cuya visión sobre el placer adquiere caracteres negativos: los filósofos. “El filósofo aconseja a su discípulo que no siga estos preceptos... el pueblo no es apto para la ascesis intelectual. Lucha contra la muerte, que se presenta como nada, quiere huir y aturdirse... únicamente la moral puede servir de pantalla para los impulsos del deseo” (Robert, 1992:15).

Las formas generales del ocio en la antigua Roma

Imaginar las formas que los antiguos conservaban para el ocio (*otium*) exige un esfuerzo particular, ya que si bien ciertos conceptos pueden sonar análogos, su sentido era hartamente diferente al conservado por las modernas sociedades occidentales. Uno de los placeres más codiciados por los romanos era el *banquete*. La cena nocturna era considerada un premio al esfuerzo matutino. En ese ritual se dejaban a un lado las convenciones y las obliga-

El ocio como elemento de construcción identitaria

ciones de estatus. Por lo general, lo llevaban a cabo recostados sobre ciertos lechos, ya que alimentarse en una mesa era señal de un bajo escalafón social.

Las ciudades romanas eran sinónimo de placeres, comodidad y ostentación. El trabajo en el campo era desdeñado por los aristócratas, recurriendo a éste sólo en épocas de verano. La caza parecía ser la actividad de ocio más representativa de esa clase privilegiada en el campo, y se dividía en *venatium*, la destinada a los animales de cuatro patas, y *aucupium*, para las aves o similares.

De las dos maneras que los hombres usan para matar, la *venatio* representa la violencia; el *aucupium*, el engaño; de la una son víctimas predestinadas los animales que corren; de la otra, los que vuelan; la primera es un enérgico ejercicio de hombres fuertes; la otra es agradable y sedentaria ocupación que requiere únicamente habilidad (Paoli, 2007:355).

Dentro de la estructura urbana encontramos, entonces, verdaderas obras de ingeniería, como los baños públicos y los edificios, el coliseo y los anfiteatros, entre otros (Veyne, 1985). Recordemos que los baños tenían para los romanos la misma o análoga significación y uso que los gimnasios para los griegos: la práctica del ocio. Específicamente, los individuos que asistían a estos lugares acostumbraban untarse con aceites y óleos especiales, distenderse y disfrutar de la compañía de otros ciudadanos (Grimal, 2002:226). Los tipos de baños iban desde los más restringidos hasta los populares, de todos los tamaños y colores. Los primeros estaban orientados hacia una parte de la sociedad romana que no deseaba el bullicio sino una tranquilidad más privada. Por el contrario, el baño público era un lugar de concurrencia masiva en donde se paseaban tenderos o posaderos ofreciendo sus mercaderías (Paoli, 2007:321-329). Las *thermae* o baños públicos eran parte del Estado, pero éste cedía el arriendo a un empresario (conductor), quien exigía una módica suma de dinero por el ingreso (*balneaticum*). En ocasiones, algún político o ciudadano rico pagaba durante un tiempo el valor de todas

Culturales

las entradas, ofreciendo así al pueblo el acceso gratuito (Paoli, 2007:321-329).

Las secciones de los baños estaban determinadas, en su mayoría, en cuatro partes principales: *a)* el *apodyterium*, espacio destinado a desnudarse antes de ingresar a las aguas; *b)* el *frigidarium*, el cual se destinaba para el baño frío; *c)* el *tepidarium*, formado por una sala de paso en donde los individuos se habituaban al paso del *frigidarium* al *calendarium*, y por último, *d)* el *calendarium*, cuya función era emanar calor para que el bañista sudara y se relajara. Específicamente, los romanos acostumbraban alternar calor y frío en sus baños. Se introducían primero en el *calendarium* hasta que los poros de la piel se abrieran y luego se sumergían en tinas de agua fría (Paoli, 2007:324-326). La temperatura del agua era regulada por un horno llamado *hipocaustis*. En efecto, estima el autor que las termas en Roma abrían alrededor del mediodía y cerraban al caer la noche. Los modos de bañarse eran muy variados, dependiendo del contexto social en el cual se desenvolviera el bañista. Muchos asistentes llevaban sus propias botellas de unciones, aceites, paños, etcétera. En el caso de los patricios, aparecerse en un baño no era un hecho casual y aislado. Por lo general, estos personajes eran acompañados por todo un séquito de sirvientes, los cuales tenían asignada una función muy específica: el *balneator* asistía a su amo durante el baño, el *unctor* le hacía masajes y el *alipilus* ponía todo su cuidado y esfuerzo en hacerle una buena depilación.

Otras formas de ocio y esparcimiento de la época eran los juegos o espectáculos públicos. Los *ludi* (así los llamaban) estaban fijados por el senado y eran controlados por los magistrados (Nieto, 2006). Ahora bien, el mundo de los espectáculos es de por sí un mundo que puede ser abordado desde varias perspectivas. Según la tesis doctoral de Jiménez Sánchez (1998:6), los espectáculos se hicieron todavía más intensos durante la decadencia del imperio y no en los inicios de éste.

Los anfiteatros congregaban también un gran número de personas de todas partes de la ciudad. En ellos se llevaban a cabo

El ocio como elemento de construcción identitaria

combates entre gladiadores (algunos ciudadanos libres), que eran de gran aceptación para el pueblo romano. Etimológicamente, su nombre derivaba del término *gladius*, nombre otorgado a la espada con la cual peleaban. Esta tradición es heredada de los etruscos, quienes fomentaban estos combates como un rito religioso entre prisioneros de guerra. El Circo Máximo concentraba la gran mayoría de los espectáculos de gladiadores. Situado en la *Vaillis Murcia*, entre el Palatino y el Aventino, el Circo se constituía como un lugar de reunión de todas las clases sociales. Los viajeros y visitantes que tanto desde el Foro como del Circo dan vuelta la mirada hacia el Palatino no dejarían de admirar una sucesión de bóvedas, restos de edificios y rígidas series de arcos, que lo constituiría en todo un espectáculo (Paoli, 2007:27).

Uno de los primeros juegos de gladiadores se dio por el 490 a.C., por Valerio Máximo (*munus gladiatorium*). Pronto, esta tradición comenzó a extenderse por toda Roma, hasta las provincias. Los gladiadores gozaban de alto prestigio y honores; a su disposición estaba toda la medicina romana. Se estima que existían varias casas de entrenamiento para estos combatientes, en donde los *lanistas* comerciaban vendiéndolos y comprándolos. Toda esta estructura hacía a los gladiadores poseer gran valor, por lo cual se evidencia que –excepto algunos casos– los combates no llegaban a la muerte (Suetonio, 1985). Sin embargo, en ocasiones y siguiendo los designios del *Imperator*, el circo romano funcionaba como un mecanismo de control social y ejecuciones públicas, arrojando en él a minorías religiosas, como el caso de los cristianos (Nerón César), o a criminales sin distinción de penas (Cayo Calígula) (Suetonio, “Calígula”, XXVII). Para una mejor comprensión del fenómeno, es necesario mencionar que las autoridades romanas tenían la facultad de nombrar a cierto grupo o individuo bajo el mote de “enemigo de Roma”. De tal suerte, ellos eran ajusticiados en forma histriónica en esta clase de sitios, lo cual explica la pasión que sentían los ciudadanos por estas ejecuciones. El ejemplo debía ser claro a grandes rasgos y aleccionador. Este tipo de entretenimiento o forma de ocio servía,

Culturales

además, como mecanismo de disuasión para todos aquellos que atentaran de alguna u otra manera contra los intereses del poder político imperial. Aunque también las multitudes usaban estos lugares en forma reaccionaria, por lo general vitoreando a los enemigos políticos del emperador.

En otros casos, lo sucedido tanto dentro de los espectáculos públicos como en teatros (*ludi scaenici*) o arenas (*ludi circensi*) era tema de conversación obligada durante los días sucesivos. Por lo menos, así lo testimonia Tácito con respecto a Druso (hijo del emperador Tiberio) y su tendencia a disfrutar los combates violentos:

Druso presidió unos juegos de gladiadores que ofreció en su nombre y en el de su hermano Germánico, dando muestras de excesivo disfrute ante la sangre, aunque ésta fuera vil. Esto inspiraba miedo en el pueblo y se comentaba que su padre le había reprendido. Circulaban múltiples explicaciones de por qué no había acudido el propio Tiberio al espectáculo: decían unos que por su aversión a las aglomeraciones, otros que por la tristeza de su carácter y por temor a las comparaciones, ya que Augusto había tomado parte de buen grado. No me inclino a creer que pretendiera dar ocasión a su hijo de hacer ver su crueldad y provocar los odios del pueblo, por más que eso también se ha dicho (Tácito, *Anales*, I, 76).

Si se analiza detenidamente el párrafo que precede, observamos el vínculo existente entre el espectáculo como modo de ocio o entretenimiento y la presencia del poder político. Para el romano, la presencia, o mejor dicho la ausencia, de las autoridades durante los juegos –o fiestas– implicaba un mensaje específico que por sí mismo trascendía los límites de ese evento. El ejemplo citado aduce a las diferentes especulaciones (chismes) que evocaban tanto el comportamiento de Druso como la ausencia de su padre. Aun cuando las causas sobre por qué Tiberio no asistía a esos juegos permanecerán desconocidas, el testimonio de Cornelio Tácito nos ayuda a comprender la función que cumplían los espectáculos como modo de construcción identitaria y de imagen política.

El ocio como elemento de construcción identitaria

Con respecto a la vida pública, podemos afirmar que el Foro representaba el centro urbanístico de Roma. Su actividad iba desde la salida del sol a la hora décima. Por otro lado, la cantidad de personas que se congregaban en este lugar era de tal magnitud que el paso de vehículos estaba restringido y algunas literas, las cuales quedaban mal estacionadas, eran remolcadas por un grupo de personas a depósitos especiales y confiscadas por el Imperio. Asuntos públicos, empresas privadas, cambistas, prestamistas, abogados, pompas fúnebres y causas de Estado se fundían en lo que indudablemente fue el corazón de la ciudad durante todo el Alto y el Bajo Imperio. El profesor Paoli nos explica que

...la vida matutina del Foro concentraba el movimiento y resumía todos los aspectos de Roma; los más dispares y contrastantes. En los otros lugares, no era así; al contrario, cada uno de ellos tenía su fisonomía singular, según el tipo de gente que más lo frecuentaba o habitaba; había las calles de los ricos y la de los pobres; los distritos suntuosos y los rincones sucios. Se podían encontrar las personas finas junto al templo de Diana en el Aventino, meta del paseo favorito de los romanos, o en la cercanía de los Saepta, en el campo de Marte, por las tiendas de lujo; no ya en el Velabro o en la Susurra. Burdeles, encrucijadas, callejones, y las callejuelas bajo las murallas tenían por todas partes mala fama y eran poco seguras (Paoli, 2007:18).

Hacia la octava hora, la actividad de las oficinas había llegado a su fin. “Entonces de todas partes acudía al Foro una muchedumbre de ociosos, y allí se estaba horas y horas dando vueltas por entre tantos monumentos hermosos, para divertirse y pasar el tiempo” (Paoli, 2007:20). Durante la época imperial, la Saepta se convirtió en el lugar obligado de ostentación y compra pecuniaria. Los ricos y los patricios se congregaban para adquirir esclavos de lujo, telas caras y chucherías varias. Su contracara eran las calles del barrio Susurra, en donde se ejercía la prostitución. Se aconsejaba a los jóvenes no asistir a estos burdeles hasta que no recibieran su toga, símbolo de madurez. Los visitantes extranjeros (peregrinos) seguramente quedaban

Culturales

anonadados con el *Templum Urbis*, la más ostentosa y grandiosa construcción dentro de Roma, con sus caminos decorados con extraños mosaicos, y cuyas 150 columnas de granito y pórticos recordaban a los romanos y a los extranjeros la voluntad de los dioses de haber guiado a Roma por los caminos del *imperium* (Paoli, 2007:23).

Otro sitio de visita obligada, tanto para el ciudadano como para el peregrino, era el *Campus Martius*, el cual se conformaba como una extensa llanura verde en donde los ciudadanos disfrutaban y se relajaban luego de una extenuante jornada de trabajo.

La juventud masculina se reunía allí para adiestrarse en los ejercicios deportivos; luego también fue de muy buen agrado la juventud femenina. Y todos iban a tomar aire, a calentarse, a ver. El paseo por el *Campus Martius* era el honesto, dulce atractivo que la metrópoli ofrecía a su pueblo (Paoli, 2007:40-41).

Aun cuando las prácticas del ocio hayan sido más complejas y de mayor diversidad de lo que hemos podido mencionar y exponer, por una cuestión de espacio no nos ocuparemos de ellas (la literatura, el teatro, el ocio popular y los banquetes aristocráticos).

Las diferentes conquistas contribuyeron a la formación de un Estado inmenso, gobernable sólo por medio de la mercantilización del placer, la manipulación política del tiempo libre y la transformación del trabajo en ocio codificado. La rígida moral de los primeros padres de Roma se tornaba insuficiente para mantener pacificados a esos millares de ciudadanos y peregrinos que invadían las ciudades. Para ello contribuyó en gran parte la tergiversación de las doctrinas epicúreas. El mismo Epicuro sostuvo que el placer era necesario para el sufrimiento de cuerpo y espíritu. Sin embargo, pronto los dichos del filósofo griego iban a ser comprendidos acorde al contexto social y político que se vivía en las puertas del I a.C. Los conductores de esta nueva moral de placer y deseo han sido el teatro y la comedia, de la que la cortesana, productora de placer y dinero, es la figura principal (Robert, 1992:25-27).

El ocio como elemento de construcción identitaria

La moda y forma de vestir

La forma de vestir romana, similar a la griega, exigía al hombre usar cabello recortado y a la mujer que lo llevara largo. Uno de los aspectos que mayor atención parece haberle causado al geógrafo griego Estrabón, cuando visitó el norte de Hispania, fue que las mujeres fueran a la batalla junto a los hombres, que la herencia se realizara por línea femenina y que los hombres llevaran cabellos crecidos, evidente signo de feminidad (Blázquez, 1989:161). Ahora bien, en Roma y sus adyacencias la vestimenta era un símbolo de estatus que diferenciaba a los grupos sociales. La barba se llevaba afeitada a partir del siglo III a.C., en épocas de Escipión el Africano. Se asume que por defectos en su cara el emperador Adriano llevaba la barba crecida y que desde entonces hasta Constantino fue moda que los hombres la usaran. Pero éste parece haber sido un fenómeno específico que no trascendió.

Las mujeres, por su parte, eran presa de todo tipo de peinados y vanidades. Pero había exclusivamente una de la cual pocas patricias podían escapar; consistía en teñirse los cabellos de rubio con *sapo o spuma batava*, y en ocasiones colocarse extensiones de cabellos rubios provenientes de las melenas nórdicas o germanas. En efecto, el pelo de los nórdicos era altamente codiciado en el mundo de la moda y las vanidades romanas (Paoli, 2007:169-174).

Los senadores usaban una especie de zapato al que llamaban *calceus*. Al llegar a los 21 años (*adulescens*),¹ el ciudadano romano se disponía a vestir un manto de lana, que simbolizaba la libertad, al cual llamaban *toga*.² Las mujeres, por su parte, llevaban una túnica acompañada de un manto rectangular también conocido como *palla*. Los colores de la toga variaban de acuerdo al estatus del ciudadano. Los emperadores y su familia real llevaban el color púrpura, los conquistadores vestían la

¹ Si bien en su forma guardan cierta analogía el término moderno “adolescente” y el *adulescens* romano, nada en efecto tienen que ver entre sí.

² En la toga el ciudadano se colgaba todo tipo de distinciones que hacían a su rango político y a su trayectoria.

Culturales

toga blanca bordada con palmas de oro, los magistrados y “los niños” (por llamarlos de alguna forma) la llevaban adornadas con tiras púrpuras.

La asimilación cultural en las afueras de Roma

La cosmogonía del mundo romano (*orbis terrarum*) está legitimada por la voluntad de los dioses. El objetivo de conquistar y dominar y el de pacificar y equilibrar, a la vez, eran una de las tensiones y contradicciones de la ideología romana como herramienta política. Los límites (*limes*) del imperio no sólo marcaban el fin de la autoridad romana, sino que eran comprendidos como las fronteras de la civilización. Asimismo, el término *imperium* tenía características ambivalentes. Por un lado, su acepción hacía referencia a la organización y relación política entre dos pueblos de diferentes culturas que coexistían en paz e intercambio, mientras que, por el otro, esa relación se ubicaba en un plano territorial específico y definido. La legitimación de la conquista romana se basaba en estos dos principios diferentes pero que unidos constituían un intento por conformar “la comunidad universal entre los hombres racionales” (Kaerst, 1929; Grimal, 2002).

Este concepto último de civilidad conformaba el mundo de los hombres libres y a través de él se configuraba toda una serie de mecanismos que resaltaban y exacerbaban el etnocentrismo latino. En esta misma línea, algunos investigadores han supuesto erróneamente que los romanos aceptaban y toleraban al extranjero en el seno de sus ciudades por causa de su organización familiar igualitaria (Todd, 1996) o, por el contrario, que por medio de la herencia griega el romano percibía al extranjero en forma elusiva y discriminatoria bajo el estereotipo de *barbaroi* o bárbaro (Cioce Sampaio, 2005:293). Si bien esto puede llegar a ser verídico en parte, en realidad no es que los griegos asumieran que los extranjeros (*barbaroi*) no tenían derechos por el hecho de serlo (punto clave para comprender la discriminación

El ocio como elemento de construcción identitaria

moderna), sino que era “el entendimiento” aquel elemento cultural que marcaba la diferencia. Por otro lado, también existían grados y niveles de civilidad. Por consecuencia, no todos los extranjeros eran considerados bárbaros, sino sólo aquellos cuyos valores culturales diferían notablemente del mundo romano o no concebían el mundo bajo los parámetros del estoicismo (la razón como función ordenadora del mundo).

Es decir, fue gracias a la influencia estoica, que ordenaba el mundo de acuerdo a la razón, que quienes se pensaban “no poseedores de esa facultad” eran considerados de menor jerarquía. No obstante, esto no nos autoriza a afirmar que las civilizaciones griega y romana consideraban en forma discriminatoria a los extranjeros. Con esta aclaración de por medio, nos adentramos en el mundo de la Hispania Imperial y en el fascinante contraste de culturas que en ella habitaban.

La provincia Hispania

En su trabajo *Nuevos estudios sobre la romanización* (1989), el profesor Blázquez compila un conjunto de artículos (ya publicados en revistas especializadas) sobre la aculturación que experimentaron las tribus autóctonas tras la llegada de los romanos. Al respecto, cabe señalar que Hispania se dividía en tres provincias: Hispania Ulterior Baetica, Hispania Citerior Tarraconensis e Hispania Ulterior Lusitania. En sus comienzos, los romanos dividieron (197 a.C.) la región en dos provincias, Citerior y Ulterior. El proceso de conquista o romanización llevó dos largos años. Por último, la península ibérica se incorpora política y territorialmente al imperio durante la regencia de Octavio Augusto. Los escritos de Estrabón demuestran que para el 27 a.C. la península se encontraba totalmente romanizada (Estrabón, 1853-1877).

Entre los teatros principales de Hispania se encuentran los de Cartagena (Augusto), Clunia (Tiberio), Segóbriga (Nerón),

Culturales

Mérida (Augusto), Málaga (Augusto), Cádiz y Zaragoza (Augusto). Como en todo el imperio, la función estaba vinculada al ocio. El material utilizado en principio era la madera, aunque paulatinamente se fueron usando otros, como la piedra y el mortero romano. Arquitectónicamente, los teatros se conformaban según un modelo establecido: *scanae frons* (frente), *orchestra* (para las autoridades), *aditus* (pasillos laterales), *porticus post scaenam* (detrás de escena), entre otros. Existe aquí una paradoja por demás particular: si bien la mayoría de las construcciones se llevaron a cabo durante las dinastías Julia-Claudia y Flavia, la mayor utilización de estas infraestructuras fue utilizada por los Antoninos y los Severios (Blázquez, 1989:393).

Asimismo, Hispania posee más de una veintena de teatros destinados a espectáculos, como el de Emerita (Lusitania), con capacidad para 5 500 espectadores y unos 86.63 metros de diámetro, con 13 puertas de ingreso y dos para la orquesta. En Bética se observan teatros en Belo, Casas de la Regina, Antequera, Córdoba, Sevilla, Astigi e Itálica. En Tarraconense se construyó un teatro en la ladera de la montaña con 85.99 metros de diámetro. Otros ejemplares se observan también en Barcelona (Blázquez, 1989:393). El teatro de Mérida, construido por Agrippa bajo el emperador Augusto, poseía capacidad para unas seis mil personas, dividido en *imacavea*, *media* y *summa*. Se estima que una de las modificaciones más importantes de su infraestructura se data en la regencia de Trajano (dinastía Antonina), por el siglo I d.C.

De lo expuesto, deducimos que el ocio estaba no sólo presente sino también extendido en la Hispania romana de la época Julia-Claudia. Sin embargo, no queda todavía bien claro qué papel ha jugado el ocio en el proceso de romanización. Precisamente, para un análisis más profundo y certero es menester realizar ciertas distinciones según la división territorial de la misma provincia. Así, en primer lugar nos ocuparemos de la Hispania Betica, para pasar a la Tarraconense y finalizar nuestro paseo por la arcaica Lusitania.

1. Baetica

Principalmente, la zona toma el nombre debido al río Betis, aunque algunos también llaman a sus habitantes turdetanos. Geográficamente, la Bética comprendía desde el río Betis hasta el Guadalquivir. Su centro administrativo o capital era Hispalis (moderna Sevilla) y estaba mayoritariamente formada por tribus semitas como los turdetanos (aunque para ese tiempo tampoco se descarta la presencia celta). Ya antes de la llegada romana Bética era rica en historia y su industria reposaba en la minería y la ganadería. Tres prestigiosas civilizaciones se habían fundido dándole a la región una identidad propia: los iberos, los fenicios y los griegos. Este hecho distinguía a la Bética de las tribus celtíberas del norte de la península o de Lusitania. Sin embargo, se estima que para el siglo I a.C. este pueblo ya había perdido las pautas culturales y su lengua autóctona. Muchos de sus miembros ya eran ciudadanos romanos y se distinguían por un buen uso del latín en versos y poesías. El ingreso de los romanos en Baetica data del 214 a.C. y la declararon provincia en el 197 a.C.

Según Blázquez, a diferencia de algunas otras tribus de la zona, los turdetanos aceptaron rápidamente y en forma satisfactoria los esfuerzos romanos de aculturación. La repartición de tierras ya en épocas de Julio César, la presencia de un elemento latino arcaico en la región y una historia de comercio con la península itálica fueron factores que indudablemente ayudaron a la instauración de una estructura colonial (Suetonio, 1985; Blázquez, 1989:14). Luego de la guerra, los romanos acostumbraban realizar repartos de tierra entre los militares que intervinieron en batalla. Este método, ya utilizado con éxito durante la latinización de Italia, también garantizaba el orden político de la región (Rostovtzeff, 1962). El grado de urbanización y bienestar en Baetica era elevado en comparación con otras colonias. Diversos poetas indígenas de Córdoba, como Asclepiades de Milea, son prueba del nivel cultural que tenían los habitantes.

Culturales

En concordancia con lo expuesto, José María Blázquez señala que

el lujo de las casas era grande, como se desprende de la narración de los diversos historiadores, referente al paseo triunfal, a través de la Bética, efectuado por Metelo durante la guerra sertoriana; *attalicas aulaeis*, escribirá Valerio Máximo, y aludirá a la existencia de estatuas y de representaciones escénicas en un pasaje que recuerda muy de cerca un párrafo de Petronio: *exomatis aedibus per aulaza et insignia scenisque...* Salustio también ofrece una nota verdaderamente importante sobre el grado de refinamiento alcanzado por los romanos en la Bética (1989:21).

La mayoría de las ciudades béticas tenía una infraestructura arquitectónica dotada para los espectáculos y los festivales. Sevilla tenía construido un importante pórtico y un foro, Córdoba una basílica y Gades poseía un teatro en donde se contemplaban juegos de gladiadores. Lo cierto era que “en la época augustea la Bética tenía excelentes edificios públicos en número más elevado que los de la época republicana, algunos de los cuales, quizá, pudieran datarse de los últimos años de la República” (Blázquez, 1989:24). Era común en todo el imperio, pero sobre todo en las ciudades célticas, observar un juego llamado *tabulae lusoriae*, el cual sencillamente consistía en arrojar fichas o monedas desde una distancia considerable y embocarlas en hoyos destinados para ello. Lo cierto es que desconocemos en primera instancia cuándo se instauró este juego, puesto que en la Itálica de las épocas antoninas ya existía, lo mismo que las reglas y procedimientos exactos para participar en él (Blázquez, 1989:333; Torre-Martín, 1985).

La Vía Hercúlea atravesaba desde hacía tiempo la Bética (124 a.C.); sin embargo, Julio César la prolongó desde Saetabis hasta Cástulo. Augusto, por su parte, se vio involucrado en la construcción y mejoramiento de varios caminos y vías en todo el imperio. En el año 7 a.C. Augusto construyó una vía por Bastetania, desde Ilici a Icci, que subía de la ciudad hasta Cás-

El ocio como elemento de construcción identitaria

tulo para terminar en el río Guadalquivir (Blázquez, 1989:25). Económicamente, la estructura de Bética estaba destinada a la exportación de productos provenientes de la agricultura hacia Roma y la península itálica. Esta prosperidad en el sur de Hispania fue fomentada por Octavio, incentivando no sólo las conexiones entre la capital y el resto de sus colonias, sino también los intercambios comerciales. El proceso de romanización iniciado por César y sostenido por Augusto implicaba un consumo de bienes puramente romanos, que iban desde alimentos hasta sandalias, y una consecuente exportación de materias primas (trigo, miel y aceite) básicas para la subsistencia de Roma –aunque la actividad minera y la venta de esclavos también tenían una gran presencia en Bética–.

Los romanos, sobre todo los aristócratas, mostraban un notable apego a los metales preciosos. Tanto dentro como fuera de Roma, las casas estaban decoradas con adornos de oro y plata, así como los vasos y las vasijas. En efecto, cuenta Tito Livio que a los pueblos sometidos los generales los obligaban a entregar toda clase de tesoros, joyas y metales preciosos que eran inmediatamente enviados a las ciudades principales del imperio (Liv. XXI, 60, y Liv. XXXIV, 43).

La circulación de monedas funcionaba, a su manera, como una forma de propaganda política y nos permite inferir hasta qué punto las ciudades habían asimilado la influencia de Roma. En este sentido, la mejor propaganda política de Augusto fue la prosperidad material de todas sus colonias y ciudades satélites, como también la acuñación de varias monedas con su rostro (Estrabón, 1853-1877). Es posible que Cádiz (Gades) albergara a varias familias de nuevos ricos que lucraban con el comercio en la zona. “El comercio trajo consigo las modas itálicas y extendió considerablemente el vivir a la manera de los romanos” (Blázquez, 1989:29).

Asimismo, los comentarios del profesor Blázquez nos orientan sobre una hipótesis por demás particular. El desarrollo económico (exportación y circulación de monedas) parece contribuir

Culturales

favorablemente en el proceso de romanización de la Hispania Bética.

Estrabón establece una escala en el estado de romanización de las gentes de la Bética al escribir que los más romanizados son los de las orillas del Betis, que son precisamente los más ricos, los que mantenían relaciones más estrechas de tipo comercial con Roma y los que habitaban la región donde se asentaban varias ciudades romanas. El grado de romanización y de riqueza del sur de la Península ha quedado de manifiesto en un hecho importante: en haber sido declarada provincia senatorial (Blázquez, 1989:35-36).

En esta línea de investigación y siguiendo los mismos comentarios, García y Bellido afirma que

de Turdetania se exporta trigo, mucho vino y aceite; éste además no sólo en cantidad, sino de calidad insuperable. Expórtase también cera, miel, pez, mucha cochinilla y minio mejor que el de la tierra sinóptica. Sus navíos los construyen allí mismo con maderas del país. Tiene sal fósil y muchas corrientes de ríos saldos, gracias a lo cual, tanto en estas cosas como en las más allá de las Columnas, abundan los talleres de salazón de pescado, que producen salmueras tan buenas como las pónicas. Antes se importaba de aquí cantidad de tejidos; hoy mismo sus lanas son más solicitadas que las de los koxarói, y nada hay que las supere en belleza (García y Bellido, 1945:88)

El texto precedente no sólo apoya la tesis de Blázquez al señalar que Bética y Roma tenían una relación sostenida en lo comercial y económico, sino que refuerza la idea de que paulatinamente el estilo de vida romano comenzó a penetrar en las costumbres béticas por medio de la exportación de telas y vestidos. En otros pasajes, García y Bellido resalta que “la excelencia de las exportaciones de Turdetania manifiéstase en el gran número y el gran tamaño de las naves; los mayores navíos de carga que arriban a Dikaiárcheia y a Ostia, puerto de Rhóme, proceden de aquí, y su número es casi igual al que viene de Libye” (García y Bellido, 1945:91-92).

El ocio como elemento de construcción identitaria

2. Tarraconense

En extensión, abarcaba las dos terceras partes de la península Ibérica e incluía regiones que iban desde el río Ebro hasta los límites con Lusitania. Su capital administrativa era la colonia Iulia Vrbs Triumphalis Tarraco. En su mayoría, estaba compuesta por tribus de origen indo (celtíberos) y no indoeuropeos (vascones e iberos). Algunos sugieren dividir la región en dos: la cuenca del Ebro y el norte de la península. Según Blázquez,

La primera cubre una amplia extensión de Hispania muy avanzada culturalmente, asiento de buenas colonias griegas, como Rosas, Ampurias, Hemeroscopion, Sagunto, etc., que favorecieron la causa romana; fue cuna de la civilización ibérica. Los romanos llegaron a esta región en el 218 A. C., unos años antes que a la Bética (Blázquez, 1989:39).

Por el contrario, en la segunda región, también conocida como Citerior, de 293 estructuras político-administrativas contabilizadas por Estrabón, un total aproximado de 179 seguían un parámetro de organización cultural romano, alrededor del 61 por ciento del total de las unidades. Mientras que las restantes 114 mantenían una forma de organización indígena, con un 49 por ciento. Esta realidad iba a ser revertida lentamente para mediados del siglo I a.C. En este punto, las guerras civiles entre Pompeyo y César movilizaron gran cantidad de individuos a favor de unos y otros. La concesión indiscriminada de títulos y tierras a ciertos grupos iberos como forma de alianza política explica el apego gradual de la Tarraconense a la cultura romana.

Blázquez no duda en señalar que

a partir del S. I. A. C., el número de hispanos que gozaba del privilegio de la ciudadanía debía de ser elevado en la Tarraconense. En el año 90 A. C., Pompeyo Strabo, padre de Pompeyo Magno, concedió la *civitas* romana a treinta caballeros ibéricos de la Turma Saluitana, vascones,

Culturales

ilergetes, edetanos y ausetanos, y después de la toma de Asculum, en el Piceno, durante la guerra Márcica (Blázquez, 1989:39).

En lo que respecta a las artes y la escultura, las obras originarias de Tarraconense comienzan a competir directamente con las itálicas. La Fuente de Tarragona, al igual que los discos de mármol, evidencian un refinamiento notable en el estilo de vida de los habitantes. El estilo de arquitectura romana se observaba en el diseño de las fortificaciones, la estructura de las casas y los edificios públicos. Como ya se ha mencionado en varias ocasiones, el reinado de Augusto trae consigo un aumento en la cantidad de construcciones, templos, foros, caminos y vías. Prueba de ello son los templos erigidos en honor a Augusto en Barcelona, Cartagena, el Templo de Iuno, los circos de Toledo, Sagunto, Calahorra y Tarragona. En estos años se construye asimismo el acueducto de las Ferreas y el teatro de Celsa (Blázquez, 1989:41-43).

Aun cuando el grado de romanización en Tarraconense fue elevado, a diferencia de Bética, los individuos escogían nombres exclusivamente indígenas ibéricos. Así lo demuestran las inscripciones halladas en el valle del Ebro, a la altura de las cuencas del Duero y el Tajo, en Navarra o las Baleares, entre otras. Modas con respecto a la cerámica se podían observar en una ciudad como Clunia, donde se exportaban hacia Numancia, Termancia y Madrid. Asimismo, otros elementos y costumbres se encontraban vigentes en Tarraconense en la era romana, tales como el derecho nativo, las vestimentas o tocados femeninos, equipos de guerra para los hombres y el baile de Bastetania (Blázquez, 1989:53-54). En este sentido, el profesor Blázquez sostiene que

el derecho indígena se conservaba vigente; se desprende no sólo de la existencia de gran número de ciudades no sujetas a un estatus jurídico romano, sino del hecho [de] que Hispania es particularmente rica en téseras de hospitalidad, institución que parece remontarse a una práctica indígena anterior a la romanización, acreditada en pactos de hospitalidad, escritos en lenguas indígenas, cuya fecha debe ser relativamente reciente y en tablas de hospitalidad y patronatos: Palencia,

El ocio como elemento de construcción identitaria

2 A. C.; Cortijo de Calvito, Ronda, año 5; Mérida, año 6; Ituqui, año 31; Galicia, año 27 (Blázquez, 1989:54).

Según Ramos y Loscertales, los celtas (antes que los romanos) manejaban dos significaciones totalmente diferentes para el *hospitium*. La primera de ellas se vincula al hecho de recibir a un peregrino y aceptarlo como enviado de los dioses. Se comprendía que el viajero debía ser asistido y hospedado ya que este acto derivaba de un mandato divino; la raíz de este ritual era puramente religiosa. Por el contrario, la segunda significación era netamente jurídica y sólo podía pactarse por convenio entre las partes. En este caso, el hospicio representaba y aseguraba el equilibrio político de los pueblos celtas, y por medio de estos convenios constituía un pacto de no agresión entre ellos (Ramos y Loscertales, 1948).

El *patronatum* y el *hospitium* eran dos instituciones que representaban culturas diferentes. En las zonas de mayor penetración cultural romana el *patronatum* comenzó a desplazar al *hospitium* como forma de organización político-social. Se estructuraba, no por pactos establecidos por medio de la solidaridad y la recepción, sino por el nombramiento de protectores en las diferentes ciudades. Por el contrario, como ya hemos visto en Ramos y Loscertales, el *hospitium* celta obedece a una dinámica de alianzas preestablecidas en forma pública. Según Humbert, el *hospitium* tenía un carácter público (entre comunidades), el cual permitía ciertos derechos al viajante que representaban una “ciudadanía temporaria”, y el *hospitium* privado, que se celebraba sólo entre grupos familiares o sujetos (Humbert, 1978).

Al respecto, Blázquez nos advierte:

D’ors ha deducido del estudio de las tablas de hospitalidad y patronazgo que el *hospitium* fue la forma más prontamente adoptada en Hispania para revestir un tipo de alianzas públicas que eran tradicionales entre los celtas. En las zonas más romanizadas, en cambio, precisamente las menos célticas, no existía tal tradición y fue preferida la forma del patronato, como forma puramente romana, para nombrar protectores de las ciudades, verdaderos patronos. Con el tiempo, la vieja institución céltica, revestida

Culturales

de *hospitium*, fue perdiendo terreno a favor de la institución romana del patronato. El *hospitium* pierde su pureza a medida que nos acercamos al Levante y a medida que pasan los siglos (Blázquez, 1989:55).

El patronazgo poseía una presencia mayor en tribus como pelendones, carpetanos, vetones, cántabros y astures, mientras que el *hospitium* se encuentra todavía muy arraigado en los galaicos.

En cuanto a las costumbres de las tribus astures, tanto en la gastronomía como en los deportes, Estrabón se esmera en notar que

todos estos habitantes de la montaña son sobrios: no beben sino agua, duermen en el suelo, y llevan cabellos largos al modo femenino, aunque para combatir se ciñen la frente con una banda. Comen principalmente carne de cabrón, a Ares sacrifican cabrones, y también cautivos y caballos; suelen hacer hecatombes de cada especie de víctima, al uso griego, y por decirlo al modo de Pindaros, inmolan todo un centenar. Practican luchas gymnicas, hoplíticas e hípicas, ejercitándose para el pugilato, la carrera, las escaramuzas y las batallas campales. En las tres cuartas partes del año los montañeses no se nutren sino de bellotas, que, secas y trituradas, se muelen para hacer pan, el cual puede guardarse durante mucho tiempo. Beben zythos, y el vino, que escasea, cuando lo obtienen se consume enseguida en los grandes festines familiares... comen sentados sobre bancos contruídos alrededor de las paredes, alineándose en ellos según sus edades y dignidades; los alimentos se hacen circular de mano en mano; mientras beben, danzan los hombres al son de flautas y trompetas, saltando en alto y cayendo en genuflexión (García y Bellido, 1945:134).

Seguramente, como describe nuevamente Estrabón, las costumbres cántabras habrían de parecer “extremadas” y “bárbaras” a los ojos de Roma; sobre todo, algunas vinculadas a la herencia y los matrimonios. “Así, entre los *kántabroi* es el hombre quien dota a la mujer, y son las mujeres las que heredan y las que se preocupan de casar a sus hermanos; esto constituye una especie de *gynaikokratía*, régimen que no es ciertamente civilizado” (García y Bellido, 1945:180).

He aquí un aspecto que presenta o suscita cierta controversia. A nuestro modo de ver, no existe una correlación tan exacta en

El ocio como elemento de construcción identitaria

afirmar que los pueblos célticos o indoeuropeos celtas se afianzaran al *hospitium* mientras que los no indoeuropeos se vincularan al patronazgo. De hecho, los cántabros y astures poseen una raíz indoeuropea celta al igual que los galaicos, empero, mientras unos se abrazan a una institución, los otros no. Por otro lado, también hay indicios que presuponen que tanto *hospitium* como *patronatus* coexistieron durante algún tiempo.

Otras instituciones nativas que también persistían entre los nativos eran la *devotio* y la *clientela* (ya presentes en épocas de Valerio Máximo). Con el advenimiento al poder de Octavio y afianzado el culto al imperio, ambas decaen progresivamente en su uso y aplicación. Sin embargo, se estima que para el siglo I a.C. ambas aún estaban presentes en las tribus de la región (aunque el proceso no se da en toda Hispania con la misma intensidad).³

En resumidas cuentas, luego del material expuesto podemos afirmar que, a diferencia de Bética, Tarraconense, si bien observaba cierta romanización, su grado de aculturación era notablemente menor. Es posible que el régimen de Augusto con respecto a la construcción, el mejoramiento de caminos y el manejo de imágenes hayan dado gran publicidad a favor de Roma entre los pueblos hispánicos no romanizados, aunque con una notable lentitud.

Todos estos símbolos externos, así como la vestimenta romana, sirvieron como mecanismos de aculturación y construcción de *imperium*. También parece factible afirmar que paulatinamente los usos y costumbres celtas (lo mismo que sus instituciones) fueron cayendo en desuso. “Los cultos específicamente romanos en la región comenzaban a propagarse y en los poblados algunos alfareros indígenas adoptaron las modas romanas. En época

³José María Blázquez nos explica: “los pueblos de Tarraconense, salvo la costa, donde principalmente se asentaban las ciudades que gozaban del estatus jurídico romano, se encontraban en un proceso de romanización mucho más retrasado que los habitantes de la Bética. Daban los primeros pasos, que se manifestaban en vestir toga y en haber logrado ya un cierto aire de itálicos. Este texto estraboniano es de una importancia excepcional, pues prueba cómo los indígenas comienzan a romanizarse primeramente por signos externos, como el vestido; poco a poco cambian sus costumbres, su género de vida; adoptan las modas romanas y, finalmente, el estatus jurídico romano y la religión romana” (Blázquez, 1989:57).

Culturales

augustea comienza a acusarse levemente en casas y necrópolis la presencia romana” (García y Bellido, 1945:61).

Empero, particularmente nos inclinamos a pensar que existió una fusión entre la cultura celta, más precisamente la institución del *hospitium*, y la cultura romana. Como sea el caso, luego de un largo viaje imaginario hemos llegado a la última de nuestras estaciones: la región de Lusitania.⁴

3. Lusitania

La Lusitania se ubicaba geográficamente al oeste peninsular. También conocida por Hispania Ulterior Lusitania, su capital administrativa era Emerita Augusta (Mérida). Para el 27 a.C., su límite se extendía desde el río Tajo y el Guadiana hasta el Cantábrico. Su nombre se le debe a una tribu que habitaba la región y que opuso una tenaz resistencia a la romanización: los *lusitani*, de origen indoeuropeo celta (II a.C).

A diferencia de las provincias anteriormente mencionadas, Lusitania posee un arcaico nivel de romanización, el cual no sólo se refleja en las modas, la vestimenta y los caminos, sino que también da lugar a otros fenómenos, como el bandolerismo y una evidente falta de orden económico. El número de ciudades con estatus jurídico romano era menor en comparación con Bética y Tarraconense. La cantidad de puestos militares romanos en Lusitania evidencia, por otro lado, que existía una fuerte resistencia al accionar imperial en esa parte de Hispania, así como poco era el caudal de monedas que circulaban como forma de intercambio (Blázquez, 1989:62). Augusto en Lusitania, como en el resto del imperio, dio un gran impulso a la construcción de caminos y acueductos con un fin económico e instrumental: aumentar el comercio

⁴Originalmente, la provincia se divide en Citerior y Ulterior (197 a.C.). La división de Hispania en Bética, Tarraconense y Lusitania es producto de la división del general Agrippa (27 a.C.) y continúa hasta el siglo III d.C., bajo la regencia de Caracalla. Luego, bajo la reforma de Diocleciano, se divide la antigua Tarraconensis en tres, dando lugar a Gallaecia, Cartaginensis y Tarraconensis. (284-305 d.C.).

El ocio como elemento de construcción identitaria

y la comunicación entre las ciudades, proveerse de agua y levantar los edificios públicos destinados a la diversión y el entretenimiento del pueblo, como circos, teatros, etcétera. También se construían arcos para embellecer las ciudades y templos con motivos religiosos. En Emerita Augusta se ubicaba uno de los teatros de mayor envergadura de toda la provincia. Nos explica Blázquez: “el más suntuoso de los construidos en Hispania y uno de los más completos del imperio romano” (Blázquez, 1989:66).⁵

En esta ciudad existían para el I a.C. una cantidad de talleres de arte que con sus piezas competían directamente con los de Roma. Todo un legado arqueológico demuestra un gran número de esculturas proveniente de estos talleres; lo cual, en cierta forma, marca una diferencia entre la vida en Emerita con respecto al resto de Lusitania, sobre todo el sur. La presencia del latín entre los pueblos céltico-lusitanos era pobre:

...el bilingüismo entre las poblaciones indígenas se manifiesta en el hecho de encontrarse en las lápidas romanas vocablos con la evolución normal en la lengua céltica, como la sonorización y caída de las intervocálicas. Cicerón escribe que los cartagineses e hispanos, cuando van al senado, usan intérpretes. La población era toda ella prácticamente indígena y lo siguió siendo durante el Alto Imperio Romano (Blázquez, 1989:68).

Por otro lado, para el final de la república existían aún luchas internas y rebeliones que llevaban a no recomendar a los colonos romanos su asentamiento en la región. Este hecho nos lleva a suponer que la romanización en Lusitania ha tomado carriles totalmente diferentes, si comparamos el proceso que se siguió en Bética y Tarraconense. Los lusitanos emprendían saqueos, razzias y persecuciones a otros pueblos de la región; como acertadamente advierte García y Bellido: “dicen que los *lysitanoí* son diestros

⁵La comunicación entre las provincias y Roma solapaba un marcado interés de explotación económica por parte del Imperio, ya sea por la minería o la importación de trigo y telas. Este hecho nos lleva a pensar en la romanización, no tanto como un proceso de aculturación, sino como uno de colonización económica, imitada muchos siglos más tarde por Europa (XVI-XIX) (Blázquez, 1989:108).

Culturales

en emboscadas y persecuciones, ágiles, listos y disimulados. Su escudo es pequeño, de dos pies de diámetro, y cóncavo por su lado anterior; lo llevan suspendido por delante con correas, y no tiene, al parecer, abrazaderas ni asas” (1945:131-132).

La presencia romana en Hispania estuvo caracterizada por una colonización militar y cultural que no se observa en otras regiones.⁶ A su vez, consideramos el trabajo del profesor Blázquez como de gran autenticidad y validez científico-académica en el tema estudiado, aunque creemos que no existe una relación directa entre aculturación y grupo étnico. En otras palabras, no es que los grupos célticos resistieron la cultura y las instituciones romanas con relación a los grupos no indoeuropeos. Existieron mediaciones, y dentro de la gama celta algunos se romanizaron rápidamente, como los galaicos, mientras otros no lo hicieron con la misma rapidez, sobre todo lusitanos y cántabros, entre otros. Los vascones, por un lado, proporcionaron grandes cantidades de hombres a las legiones romanas, pero, por otro, la parte baja de Vasconia opuso una tenaz resistencia, intentando por todos los métodos escapar del control del imperio. El mismo Blázquez termina reconociendo: “hay que recalcar, para el contenido de este trabajo, que bajo Roma seguían funcionando perfectamente las viejas estructuras indígenas varios siglos después de la conquista de esos territorios” (1989:130). Esto demuestra, finalmente, que la aculturación o romanización fue un proceso lento y desigual, que por su asimetría dio lugar a diversas dinámicas y tipos diferentes, al margen de la composición étnica.

⁶ Los pueblos celtas tenían un apego religioso muy especial con sus armas, y aun vencidos o firmada la paz con Roma se negaban a entregarlas a los nuevos colonizadores (Blázquez (1989:105). Así en el año 140-139 a.C. los numantinos se volvieron hacia atrás de lo pactado con Pompeyo cuando tenían que entregar las armas. Una de las maneras más efectivas de ganar la confianza de los celtas fue la distribución equitativa de las tierras, que hasta ese momento se mantenían en pocas manos. Aunque también la entrega de ciudadanía, el respeto político-administrativo con arreglo a un protectorado y el reclutamiento militar fueron mecanismos que ayudaron a la asimilación cultural. Sin embargo, no todos los pueblos celtas aceptaron pasivamente la Pax romana; entre los más rebeldes se encuentran los cántabros, los astures y los *lusitani*.

El ocio como elemento de construcción identitaria

El ocio y el entretenimiento romano funcionaron también en Hispania como una forma de asimilación cultural y colonización política. La presencia de infraestructura destinada para la concreción de tales eventos constituye una pieza probatoria del estilo de vida de la población local. Ahora bien, si a mayor porte de la infraestructura romana dedicada a los entretenimientos presumimos que mayor era el grado de penetración, entonces suponemos por lógica que el *otium* en las provincias (al igual que en la misma Roma) se convertía en un mecanismo eficaz, aunque en ocasiones costoso, de control social. Blázquez no se equivoca cuando afirma:

...la no asimilación de la cultura romana se observa también en la ausencia de edificios religiosos de tipo romano, de edificios de espectáculos, como teatros, anfiteatros y circos, donde se celebraban rituales de la tríada capitolina, de escultura y de bronce en número relativamente mediano (1989:111).

Podemos señalar que incluso la institución del *hospitium* coexistía en Hispania con otras de igual jerarquía, si bien es difícil precisar bajo qué contexto operaba una y otra, o por lo menos bajo qué rango jurisdiccional, salvo que, como advierte Blázquez,

el fundamento de algunas instituciones indígenas bajo Roma queda claro en la *Tessera hospitalis* del año 14, hallada en Herrera de Pisuerga. Al igual que la encontrada en Austurica Augusta, es doble. En el primer texto, la ciudad de los maggavienses otorga a Amparamos la ciudadanía y concede a sus familiares los derechos de que gozaban los maggavienses. En el segundo, Amparamos hace un pacto de hospitalidad con los maggavienses, en virtud del cual, Amparamos, los suyos y los descendientes, recibieron a los maggavienses en hospicio, fe y clientela, otorgándole los mismos derechos que disfrutaban él y los suyos. Las *civitas maggaviensium* recibió, a su vez, a un particular y éste acogió a sus componentes en hospicio, fe y clientela. Se da un *hospitium*, un *patronatus* y una *adlectio in civitatem* (1989:130).

El excelente trabajo de Balbín Chamorro no podía comenzar de otra manera que señalando:

Culturales

La península Ibérica es el territorio integrado en el Imperio Romano donde más *tesserae* y *tabulae* de hospitalidad y patronato han aparecido, y a la documentación existente se añade cada año el hallazgo de nuevos textos que contribuyen a reavivar el debate historiográfico sobre su función social. Uno de los principales problemas que plantea la documentación epigráfica hispana relacionada con este tema deriva de la presencia simultánea de las dos instituciones, como sabemos, funcionalmente contrarias: el *hospitium*, relación equilibrada en la que ambas partes se relacionan de igual a igual, y el patronato, relación desequilibrada entre un cliente y un patrono (2006:207).

El mundo cultural romano e indígena en Hispania era tan rico y variado que nos obliga a proponer ciertos puntos intermedios en nuestras afirmaciones. No obstante, acordamos con el profesor Blázquez (ya varias veces citado como un exponente reconocido del tema) que la explotación económica y la asimilación cultural parecen tener cierta relación si se observa el hecho de que en las minas adonde se trajeron colonos itálicos para reforzar la mano de obra, existe un grado de cultura romana mayor en comparación con las minas en donde se utilizó a la población autóctona celta o vasca no indoeuropea. En ocasiones en que la agricultura era desdeñada como forma principal de ingreso económico por la explotación de la minería, el progreso económico de la población se mantenía bajo. Por el contrario, cuando se combinaban ambas actividades y se daba participación a los indígenas, el progreso era mayor y, consecuentemente, también era mayor la asimilación cultural (Álvarez, 1963). Esto nos lleva, paralelamente, a comparar los rasgos de la presencia romana en otras provincias de origen celta, como las Galias.

La guerra en las Galias

El territorio galo y parte de la Germania se anexionan por la fuerza, luego de la campaña militar conducida por Caius Julius Caesar entre 58 y 51 a.C. Tras recibir los poderes proconsulares, César extendió la guerra a toda Galia con el objetivo póstumo de incluir mayores ex-

El ocio como elemento de construcción identitaria

tensiones territoriales en su favor y para Roma. Las ocho incursiones militares durarían siete años, hasta el 51 a.C. Aunque no tenemos una verificación cierta, Plutarco sostiene que, resultado del accionar de César, se pudieron someter 300 tribus y subyugar 800 ciudades; aunque, obviamente, el dato puede estar sujeto a algún tipo de exageración o manipulación política (Plutarco, 2007). Tras la invasión latina, los galos se unieron bajo las órdenes de Ver-King-Gheto-Riks (“jefe de los grandes guerreros”) o también conocido como Vercingetórix, pero fueron finalmente derrotados en la batalla de Alesia en 52 a.C. Este caudillo era rey de la tribu Averna, en ese entonces una de las tribus más enemistadas con Roma (Dion Casio, XXII:23).

Si bien, al igual que Hispania, las Galias poseen una historia antes de la ocupación romana, en esa época se dividían territorialmente en tres secciones bien definidas: Cisalpina, Transalpina y Comata. La primera se extendía desde las tierras del norte entre los ríos Arnus y Rubico y siguiendo la divisoria del río Po.⁷ La segunda región estaba conformada por una franja costera más allá de los Alpes que iba desde Liguria a los Pirineos. La última, la Galia Comata o Cabelluda (por la extensión de los cabellos de sus pobladores), comprendía la mayor extensión territorial de la provincia e incluía las actuales Francia, Bélgica y sur de Holanda. La composición étnica de los habitantes de la Galia era de origen indoeuropeo céltico, aun cuando en esa composición existía una variedad considerable de lenguas y costumbres. De trazar una clasificación, aunque algo tosca, podemos afirmar que los galos se agrupaban en celtas, cuyo grupo comprendía a la tribu de los helvecios, secuanos, senones y carnutos; belgas, mayoritariamente constituidos por susiones y belovacos, y aquitanos, formados por tribus de origen tarbelo y ausco (Dutour, 2005).⁸

⁷ Al norte del río Po las tribus poseían un grado de asimilación cultural mayor en comparación con aquellas que se ubicaban más al sur.

⁸ El emperador Augusto realizó una nueva división de las Galias en el 27 a.C.: Narbonensis, Lugdunensis, Aquitania y Belga. Con referencia a la composición étnica descrita, ésta sufrirá innegables combinaciones y modificaciones tras la invasión (254 a.C.) de los germanos, tribu que limitaba con los galos por medio de la Germania Superior. Las incursiones germanas fueron graduales hasta la entrada de los vándalos, suevos y alanos en el 406 d.C. Más tarde, ya caída la parte occidental de Roma, los terribles francos –también de origen germano– hacen posesión efectiva en el 486 d.C.

Culturales

Una de las ventajas de los testimonios de César es que aportan el punto de vista de una persona en que se juntan las polaridades de dos estratos sociales que en Roma se miraban con cierta desconfianza: los aristócratas y los militares. En efecto, César es en parte noble patricio por ser de la *gens* Julia y un hábil (así lo han demostrado sus victorias militares) general romano. En este sentido, no parece muy errado suponer que los testimonios que “el dictador” ha suministrado sobre su estadía en Galia y Germania se constituyen como una obra (etnológica) más que útil y valiosa en el tema que se está estudiando (Gelormini, 2004:29-31). Según los hechos históricos, podríamos hacer la siguiente referencia para ubicar al lector antes de sumergirnos en el antiguo mundo y los comentarios propios del “dictador” y conquistador de Galia. Los celtas se ubicaban en esta región desde el siglo VI a.C., mezclándose a su llegada con los antiguos habitantes de la zona. Las diferentes tribus que residían en Galia no tenían entre ellas conexiones políticas muy estrechas. En ocasiones, esto jugó a favor de César debido a que, además, para el I a.C. no existían en los pueblos galos monarquías institucionalizadas sino que, por el contrario, diferentes aristocracias se disputaban y alternaban en el poder. Este contexto, indudablemente, facilitó las cosas a los legionarios romanos (Gelormini, 2004:24).

Así, y aprovechando las diferencias internas, César entra en guerra contra los helvecios invocando la relación con otra tribu, los eduos. La victoria sobre los helvecios provee a Roma de una entrada casi sin obstáculos a la Galia Central.⁹ Una vez allí, di-

⁹Tras una masiva migración helvecia (por mala cosecha y presión germana), la táctica romana consistió en negarles el tránsito. Éstos entablan un pacto con los secuanos, quienes le permiten el paso. Enterado de ello, César emprende un viaje con cinco legiones y en la travesía enfrentan a catúriges y ceutrones, empero como dice César “los helvecios ya habían pasado con sus pertenencias a través de los desfiladeros y el territorio de los secuanos y habían llegado al territorio de los eduos y devastaban sus campos: como no podían defenderse a sí mismos ni a sus bienes, los eduos envían embajadores a César para pedirle auxilio” (César, 2004:46). Movido por éste pedido de auxilio, César decide ir en ayuda de los eduos y enfrentar a los helvecios en el cantón de Tigurino. Ahora bien, aun cuando este hecho haya existido, surgen algunas dudas en cuanto a la manipulación

El ocio como elemento de construcción identitaria

versas incursiones bélicas contra los belgas, nervios y los vénetos consolidan la hegemonía imperial en la región. En el 55 A. C., César cruza el río Rin llegando por primera vez hasta Germania y Britannia. Si bien existieron varias revueltas y rebeliones entre los galos, la de mayor impacto fue aquella acaecida en el 52 a.C., en la cual una asamblea le dio poderes de conducción a un joven líder averno, Vercingétorix. Sin embargo, en septiembre de ese mismo año, se impone sobre los galos una rendición incondicional y cuatro años más tarde se ejecuta al líder galo con motivo de las celebraciones triunfales en Galia (Gelormini, 2004:27). El resto de la historia en Galia no es muy diferente de aquella que ya hemos señalado en Hispania. Los romanos se enriquecían con la repartición de tierras y conducían un proceso de asimilación cultural construyendo teatros, circos, templos y rutas que comunicaran todas las regiones de ocupación legionaria efectiva. En este sentido, las palabras de Nicolás Gelormini son más que elocuentes:

...con la campaña de Galia, César se hizo de un botín extraordinario, que alcanzó no sólo para enriquecer a sus soldados sino también para pagar las deudas contraídas durante su consulado y todavía mucho más. Para la Republica, la victoria significó un vasto territorio abierto a un rápido proceso de romanización, que comenzó con la construcción de ciudades, rutas, templos y teatros (Gelormini, 2004:27).

Estructura político-social y costumbres galas

En el libro número VI de sus *Comentarios sobre la guerra en las Galias* (2004), César realiza una descripción etnográfica que sería la envidia de cualquier etnólogo moderno, y de ella

política que César pudiera hacer del evento. Si bien, Roma ya tenía antecedentes de una invasión gala y en efecto temiera una nueva incursión, el punto es que esta diáspora céltica parece haberle dado “al dictador romano” la excusa perfecta para penetrar el corazón de Galia y luego de allí extender toda la conquista para crear una barricada con Germania. Dada la riqueza del suelo galo, es extraño o por lo menos difícil creer en las razones altruistas de César.

Culturales

hemos podido extraer algunos fragmentos que han sacado a la luz ciertas pautas y costumbres culturales de las tribus celtas en la región, sobre todo aquellas vinculadas a la organización política de sus tribus. La estructura político-social de las tribus se sustenta sobre facciones cuyos jefes o jefarcas mantienen para sí el mayor prestigio y cuya jurisdicción cae sobre todos los asuntos de estado. La función de este líder es bregar y defender los derechos de sus súbditos, puesto que “ninguno tolera que los suyos sean oprimidos y avasallados; y si actúa de otra manera, no tiene ninguna autoridad entre los suyos” (César, 2004, VI:11). Particularmente, siguiendo los comentarios de César, podemos establecer dos facciones dominantes en la zona: los eduos y los secuanos. Estima César que cuando él llega a Galia el poder militar y político estaba en mano de los eduos. Pero luego, tras ciertos pactos con los germanos harudes, los secuanos empezaron a tener controlada la situación hasta lograr finalmente la hegemonía en toda la Galia (César, 2004, VI:12).

En cuanto a la jerarquización social, los pueblos celtas ostentan dos clases de hombres libres: los druidas y los caballeros. Diferente son sus funciones, como también sus obligaciones y alcances. Mientras los druidas se constituyen como un grupo élite religioso, los caballeros forman parte de un grupo guerrero. Luego, la plebe, los esclavos o clientes, pasan a ser parte de la mayoría, pero éstos tienen escaso reconocimiento en la cultura celta. En boca del propio César, observamos que

En toda Galia hay dos clases diferentes de hombres que tienen alguna importancia y honor. Pues la plebe tiene casi el lugar de los esclavos, de modo que no se atreve a nada por sí misma y no es invitada a ninguna asamblea. Muchos se entregan como esclavos a los hombres, cuando son oprimidos por las deudas, por la cantidad de tributos o por la agresión de los poderosos; y para ellos rigen las mismas leyes que para los esclavos en relación con sus dueños (César, 2004, VI:13).

Por otro lado, la función de los druidas está vinculada “a los asuntos divinos”, pues se encargan de conducir los sacrificios pú-

El ocio como elemento de construcción identitaria

blicos o privados y de interpretar los deseos y satisfacciones de los dioses. Gran cantidad de personas acude diariamente a este grupo para obtener por medio de la magia ciertas cuestiones. Principalmente, este prestigio les da a los druidas un gran poder político y se conforman como un grupo destinado al control social.

Si se ha llevado a cabo un asesinato, si hay alguna controversia por una herencia, por los límites de un terreno, de igual modo son ellos quienes deciden y resuelven los premios y los castigos. Si algún individuo o pueblo no cumple con lo decidido por ellos, prohíben los sacrificios. Este es el castigo más duro entre los galos. Y quienes sufren esta prohibición son tenidos por impíos y criminales, todos se apartan de ellos, rehúyen su conversación para no recibir en el contacto parte de la calamidad (César, 2004, VI:13).

La formación jerárquica en el mismo grupo es unipersonal, ya que sólo uno de todos los “sacerdotes druidas” ejerce la suprema autoridad. No obstante, el cargo no es perpetuo y en ocasiones se otorga por votación o mediante la lucha armada. La mayoría de ellos se capacitan y reciben sus tradiciones en la isla de Britannia (al norte de Galia). La transmisión de ese saber no es escrita sino oral, por lo que no existen más evidencias que ciertas crónicas de viajeros o militares, como la de Julio César, que en este punto nos explica:

...los druidas suelen estar ausentes de la guerra y no pagan tributo alguno a los demás. Están exentos del servicio militar y tienen inmunidad en todo. Tentados por semejantes privilegios, muchos van a aprender su doctrina por propia iniciativa o son enviados por sus padres y parientes. Dicen que allí aprenden de memoria gran número de versos. Y así algunos permanecen veinte años aprendiendo. No consideran lícito poner por escrito su enseñanza, mientras que en todas las demás cosas, negocios públicos o privados, usan las letras griegas (César, 2004, VI:14).

Según la doctrina druida, las almas no mueren sino que pasan de un cuerpo a otro en forma de reencarnación. Esta costumbre vitaliza y renueva la valentía de los galos frente al combate y exagera su arrojo. Tienen un detallado conocimiento sobre los

Culturales

astros y otros menesteres, y consideran que la escritura no permite mantener viva la memoria.

En segunda instancia, tenemos a los caballeros o guerreros galos, que disponen de ciertos valores con arreglo a la guerra y al linaje. En realidad, la segmentación y el estatus de los caballeros no estaban vinculados a los conocimientos de fórmulas religiosas adquiridas, sino a la cantidad de sirvientes conseguidos en batalla, al linaje al cual pertenecía el individuo y a su propia fortuna. A grandes rasgos, en un atisbo de sociología comparada, podemos señalar que, mientras los druidas o sacerdotes fundamentaban su poder mediante un estatus adquirido con arreglo a una lógica tradicional, los caballeros lo hacían por medio de un estatus adscrito bajo una dinámica carismática o meritocrática (Weber, 1996:192-197). En efecto, para los caballeros galos una deshonra en batalla imaginamos que hubiera significado la pérdida de todos sus honores en épocas de paz, incluyendo prestigio, rango y riquezas.

Seguramente, los sacrificios humanos estaban permitidos por los celtas, y esto habría causado gran impresión en los conquistadores romanos. En ocasiones, aquellos que eran apresados por robo o bandidaje eran sacrificados o quemados vivos como suplicio a los dioses, pero, como bien observa César, “hay escasez de esta clase de gente, incluso los inocentes llegan a los suplicios” (César, 2004, VI:16).

El tiempo para los galos no se medía en días (como en los pueblos latinos) sino en noches, y los cumpleaños se celebraban tomando en cuenta que el día debe seguir a la noche. En cuanto a los matrimonios, los varones aportaban una parte de su patrimonio como dote, mientras las mujeres proponían la otra parte. Esta costumbre iba variando de tribu en tribu y, a diferencia de sus primos los celtíberos, no se encontraba en todas las regiones por igual.

Por último, podemos decir que los rumores y chismes debían ser tratados exclusivamente en las asambleas públicas. De modo que una vez que un sujeto se enteraba de un rumor tenía la obligación de no divulgarlo. En este sentido, sólo los jefes de la asamblea hacían mención de la noticia, en concordancia con el bien de la

El ocio como elemento de construcción identitaria

comunidad. Asimismo, si la noticia era perjudicial o generaba pánico, la asamblea estaba constituida de tal forma (por ley) que podía ocultar información o manipularla según la ocasión.

Las tribus que son consideradas más eficientes en administrar los asuntos públicos tienen decretado por ley que, si alguien se entera de algo acerca de una cuestión pública, por los vecinos, gracias a un rumor o un comentario, debe llevar la noticia al magistrado y no compartirla con ningún otro, porque a menudo se vio que hombres temerarios y sin experiencia son aterrorizados por falsos rumores y llevados al crimen y a tomar decisiones sobre cuestiones cruciales. Los magistrados ocultan lo que saben; lo que juzgan que es de provecho lo comunican a la multitud. No está permitido hablar de cuestiones públicas sino en la asamblea (César, 2004, VI:20).

Las costumbres germanas y el ocio

Los testimonios de Tácito (1952) han sido más que útiles para reconstruir los estilos de vida y las costumbres germanas. En uno de sus pasajes los describe así: “tienen casi todos la misma disposición y talle, los ojos azules y fieros, los cabellos rubios, los cuerpos grandes y fuertes solamente para el primer ímpetu”. Aun cuando había diferencias entre las tribus nórdicas, a los ojos romanos existía una homogeneidad en sus pautas culturales.

En las tierras de Germania no predominaba la plata, ni mucho menos el oro. Su forma de intercambio más común era el trueque; pero aquellos que se ubicaban más cerca de las fronteras del Rin tenían mayor apego por el comercio y las costumbres romanas. Nombraban a sus regentes por un régimen de linaje, aunque los generales de sus tropas eran elegidos por el valor. Algunas tribus promovieron el sacrificio humano; sin embargo, dicha costumbre no se extendía en toda la región. No poseían templos, ya que no consideraban que fuese digno encerrar a los dioses entre paredes. Realmente poco se conoce sobre los dioses germanos, debido a la ausencia de legados escritos al respecto.

Culturales

En cuanto al ocio, los germanos acostumbraban llevar una vida serena y pacífica. Los guerreros de mayor valentía encomendaban a otros las tareas hogareñas. En todo momento llevaban consigo sus armas.

Mientras los germanos no hacen la guerra, cazan un poco y sobre todo viven en la ociosidad dedicados al sueño y a la comida. Los más fuertes y belicosos no hacen nada; delegan los trabajos domésticos y el cuidado de los penates y del agro a las mujeres; los ancianos y los más débiles de la familia languidecen en el ocio; admirable contradicción de la naturaleza, que hace que los mismos hombres hasta tal punto amen la inercia y aborrezcan la quietud (Tácito, 1952:XV).

El príncipe por lo general era acompañado a todas partes por un séquito de guerreros, que se esmeraban todo el tiempo por acercarse a él. Cuánto más cerca se estaba del regente de la tribu, mayor era la valentía del guerrero y su prestigio. Asimismo, en la guerra, una vez muerto el príncipe se daba muerte a los infames sobrevivientes por no haber cumplido su misión, proteger al rey.

En sus matrimonios, las dotes eran ofrecidas por los hombres y no por las mujeres, mientras que éstas eran aprobadas por los padres de la mujer. No tenían escrituras ni textos, mucho menos bibliotecas. En lo que al ocio y el hospedaje respecta, los germanos parecían ser una tribu sumamente amigable, según los comentarios de Tácito:

No hay nación más amiga de fiestas y convites, ni que con mayor gusto reciba los huéspedes. Tiénese por cosa inhumana negar su casa a cualquier persona. Recíbelos cada uno con los manjares que mejor puede aparejar según su estado y hacienda. Y cuando no tiene más que darles, el mismo que acaba de ser huésped los lleva y acompaña a casa del vecino, donde, aunque no vengán convidados (que esto no hace al caso), los acogen con la misma humanidad, sin que se haga diferencia cuanto al hospedaje entre el conocido y el que no lo es. Es costumbre de ellos conceder cualquier cosa que pida el que se parte, y la misma facilidad tienen en pedirle lo que les parece. Huelgan de hacerse dádivas y presentes los unos a los otros; pero ni zahieren los

El ocio como elemento de construcción identitaria

que dan, ni se obligan con los que reciben. Tratan cortésmente a sus huéspedes en todo lo necesario para la vida (Tácito, 1952:XXI).

Este párrafo parece coincidir con la forma colectiva en que los nórdicos cultivan los suelos, y precisamente por ser una zona de pocas riquezas materiales en cuanto a minerales, no es extraño que sus costumbres se tornen con una tendencia al colectivismo como las sociedades célticas o latinas; lo cual también explica, aunque de forma parcial, esa tendencia a colonizar y migrar hacia nuevas tierras constantemente. Estos mismos dichos se encuentran en los *testimonii* de César, por lo que parece validar las crónicas de Tácito. En cuanto a los germanos, el dictador afirma que

no tienen interés en la agricultura y la mayor parte de ellos se alimenta de leche, queso, carne. Y nadie tiene extensión determinada de tierra o campos propios, sino que los magistrados y jefes atribuyen cada año a los clanes y linajes... la extensión de terreno y ubicación que les parece, y al año siguiente los obligan a trasladarse a otro lugar. Aducen muchos motivos para esto: que no cambien adoptada la costumbre, el afán en la guerra por el trabajo en el campo; que no haya interés en adquirir grandes tierras y los más poderosos expulsen de sus posesiones a los más débiles... que no surja ningún deseo de dinero... La mayor gloria para las tribus es, después de haber devastado los territorios vecinos, tener a su alrededor la mayor cantidad de tierra desierta. Por eso consideran propio de su valentía que los vecinos, expulsados, abandonen sus campos, y que nadie ose establecerse cerca de ellos (César, 2004, VI:22-23).

Sin embargo, ante los extraños eran extremadamente hospitalarios, tal que, como afirma Julio César en sus memorias, “no consideran lícito deshonrar al huésped; los que vienen a ellos, sea por la causa que fuera, son protegidos contra la agresión y considerados sagrados y todos les abren sus casas y se comparte con ellos el alimento” (César, 2004, VI:23). Según sus costumbres, Tácito señala que

no tienen por afrenta gastar el día y la noche bebiendo. Son muy ordinarias las riñas y pendencias, como entre borrachos, que pocas veces

Culturales

se suelen acabar con palabras, y las más con heridas y muertes. Y también tratan en los banquetes de reconciliarse los enemigos; de hacer casamientos y elegir príncipes, y, en fin, muchas veces de las cosas de la paz y de la guerra (...) hacen una bebida de cebada y trigo, que quiere parecerse en algo al vino.. Sus comidas son simples: manzanas salvajes, venado fresco y leche cuajada (Tácito, 1952:XXIII).

En cuanto a sus entierros, los germanos acostumbraban quemar a sus muertos, cuidando de usar cierta leña para tal fin. Las propiedades del difunto, como caballos o armas, eran quemadas junto con el cuerpo. Las mujeres lloraban y los hombres tenían como costumbre recordar sus actos en vida. Otro de los testimonios sobre la vida cotidiana de estas tribus lo aporta Julio César en los *Testimonii* (2004). Entre otras cosas, nos cuenta que, como convención social, las relaciones sexuales sólo eran permitidas y bien vistas a partir de los veinte años. Los pactos políticos, por su parte, muchas veces estaban estrechamente vinculados al estatus y al prestigio. En forma análoga a los celtas, los nórdicos también intercambian regalos entre sus propias etnias como símbolo de paz y buena voluntad:

Es costumbre que espontánea e individualmente las tribus ofrezcan a sus jefes ganado y cereales, lo cual, recibido por éstos como un homenaje, también satisface sus necesidades. Pero ante todo les halagan los presentes que les son enviados de pueblos vecinos, no sólo por particulares, sino también oficialmente, tales como caballos escogidos, ricas armas, faleras y collares (Tácito,1952:XV).

Un conocido sociólogo de principios del siglo veinte, Marcel Mauss, supuso en su teoría del don que el *wadium* germánico podía asimilarse al *nexum* romano. Según este autor, ambas civilizaciones, al igual que otras muchas, poseían en el sistema de intercambio una necesidad de dar para luego recibir. Según su tesis, éste parecía ser el núcleo de lo que hasta el momento parecía ser la pregunta de moda: ¿Qué mantiene unida a la sociedad? Mauss, de esta forma, parecía estar empeñado en demostrar que el intercambio no sólo era una

El ocio como elemento de construcción identitaria

necesidad de los pueblos indoeuropeos sino una tendencia de la mayoría de los pueblos del planeta (Mauss, 1979:247). Tácito no nos da ninguna pista sobre si la afirmación de Mauss tiene relación con esta arcaica institución de intercambio. De todos modos, sus testimonios parecen apuntar al hecho de que, en efecto, los germanos, al igual que los celtas y latinos, poseían un sistema de reciprocidad inter e intraclánica con sus vecinos. Sin embargo, a diferencia de lo que ocurría con los galos, este sistema estaba estrictamente marcado por la jerarquía social. Parece ser que los germanos, obedecían a una organización matricial por la que la familia y el clan se mantenían unidos conviviendo en la misma comarca. Este aspecto no puede confirmarse en todas las tribus célticas, aunque sí podemos resaltar el papel activo de la mujer en los matrimonios y las herencias, hecho que obviamente contrastaba con las costumbres romanas.

En cuanto a su arquitectura, podemos afirmar que los pueblos germanos no habitaban en ciudades. Además, es sabido incluso que no toleraban que las casas fuesen contiguas. Se establecieron en lugares aislados y apartados, en relación con una fuente, un campo o un prado. En este sentido, sus

aldeas no están construidas como nosotros acostumbramos, con edificios contiguos y unidos unos a otros; cada uno tiene un espacio vacío que rodea su casa, sea como defensa contra los peligros de incendio, sea por ignorancia en el arte de la construcción. En realidad, no emplean ni piedras ni tejas, se sirven únicamente de madera sin pulimentar, independientemente de su forma o belleza. No obstante embadurnan los lugares más destacables con una tierra tan pura y brillante, que imita la pintura y los dibujos de colores. También acostumbran a excavar subterráneos que cubren con mucho estiércol y que sirven de refugio durante el invierno y de depósito para los cereales, puesto que estos lugares los preservan de los rigores del frío. Y de este modo, si el enemigo aparece, sólo saquea lo que está al descubierto, las cosas ocultas y enterradas o bien las ignoran o bien por ello mismo les escapan, puesto que habría que buscarlas (Tácito, 1952:XVI).

La vestimenta, al igual que otros códigos, nos permite conocer parte de la cultura de los pueblos que estamos analizando. En

Culturales

esta línea, Tácito narra con lujo de detalles las formas y vestidos que utilizaban los antiguos germanos en el siglo I:

Para todos el vestido es un sayo sujeto por un broche o, a falta de éste, por una espina; sin otro abrigo permanecen días enteros junto al fuego del hogar. Los más ricos se distinguen por su vestidura no holgada, como la de los sármatas y los partos, sino ajustada marcando los miembros. También visten pieles de fieras, descuidadamente los más próximos a las orillas, con más esmero los del interior, para quienes las relaciones comerciales no pueden dar otro atavío. Eligen determinadas fieras y adornan con manchas las pieles arrancadas (...) y el vestido de las mujeres no difiere del de los hombres, excepto en que las mujeres se cubren más frecuentemente con tejidos de lino adornados con púrpura y en que la parte superior del vestido no se prolonga formándolas mangas; llevan desnudos los brazos y los antebrazos, incluso la parte alta del pecho aparece descubierta (Tácito, 1952:XVII).

Por otro lado, lo largo de sus cabellos habrá sido también un aspecto que sorprendió y llamó la atención de aquellos primeros romanos que tuvieron contacto con estas tribus del norte. Recordemos que el cabello largo en el hombre era signo de feminidad. De este párrafo podemos extraer tres interesantes conjeturas que nos llevan a profundizar en el factor lúdico como elemento de distracción y regulación del conflicto. En primera instancia, hacemos hincapié nuevamente en el papel del comercio y la ubicación geográfica como signos de sociabilidad y civilización. La hipótesis de Tácito, más o menos, sería: a medida en que mayores relaciones comerciales tuvieron los germanos con los pueblos civilizados, mayor fue la tendencia a usar ropas elaboradas. Al igual que en Hispania y Galia, hemos de resaltar la vestimenta como un elemento plausible de asimilación cultural. En segundo lugar, cabe detenerse por un momento y notar en cuanto a la vestimenta la falta de una división clara por género, cosa casi impensable entre los latinos. Y por último, el uso del color púrpura entre las mujeres. Recordemos que en Roma el color púrpura simbolizaba poder y estatus social. Era un color muy usado por senadores, generales y emperadores que hacían su entrada en espectáculos públicos.

El ocio como elemento de construcción identitaria

En lo que respecta a las actividades lúdicas, los germanos no poseían (como los latinos y los griegos) una industria que entablara un intercambio y circulación de divisas monetarias. Al contrario, para el nórdico las fiestas y los juegos sólo representaban una forma de entretenimiento no remunerado y de cohesión grupal. Como en el caso de los banquetes, que ya hemos mencionado, el ocio y el juego funcionaban como un mecanismo regulador de los conflictos intergrupales o étnicos. Así, señala Cornelio Tácito que

sus fiestas y juegos son siempre unos mismos en cualquier junta. Algunos mancebos desnudos que tratan de este juego, se arrojan saltando entre las espadas y frámeas. El ejercicio les ha dado el arte para hacerlo bien, y el arte de la gracia: pero no lo hacen por ganancia o salario; aunque es precio y paga de aquella su temerancia lozanía el gusto y aplauso de los que los miran. Es mucho de maravillas que juegan los dados estando templados, y entre las cosas de veras, con tanta codicia y temeridad en ganar y perder, que cuando les falta que jugar, la última parada y apuesta es la libertad y el cuerpo (Tácito, 1952:XXIV).

Según lo expuesto, podemos afirmar que para fines del siglo I d.C. las costumbres germanas se encontraban poco romanizadas, y el *otium*, a diferencia de los galos, tenía escasa significación para estas tribus que habitaban del otro lado del río Rin. Si bien los nórdicos como civilización tuvieron sus formas y prácticas con respecto al tiempo libre, éste nada o casi nada tenía que ver con el ocio romano, extremadamente elaborado y codificado. A medida que las tribus en las riberas del Rin comenzaron a tener contacto comercial con los galos, y por consecuencia con los romanos, comenzaron a dejar de lado las propias tradiciones. Sin embargo, esto no va a ser observado en gran parte de la Germania sino luego de la caída del Imperio de Occidente, en el año 476 d.C.

Concluimos este último apartado aclarando que, por el momento, es poco el material que se tiene sobre las costumbres y las formas de organización de los pueblos nórdicos. Esto puede ser en parte debido a la cantidad de etnias que han formado a esta civilización. Pero, más que eso, fue la tendencia a constituirse

Culturales

como una sociedad ágrafa el hecho determinante para que los arqueólogos no pudieran dar con testimonios escritos por ellos mismos. Lo que se sabe de los germanos en la actualidad está vinculado a las obras clásicas de los romanos y griegos, como las de Tácito, que si bien, por un lado, intentan narrar exhaustivamente sus costumbres, por el otro parecen estar manchadas por las tintas del etnocentrismo latino, y sobre todo el romano.

Conclusiones

Parece que el mundo romano ha fascinado a los medievales y a los modernos por largo tiempo, y parece que lo seguirá haciendo por un tiempo más. Obviamente, por limitaciones personales y de tiempo no nos hemos podido ocupar de todos los aspectos de la vida del Alto Imperio. Nos focalizamos, en cambio, en las formas de ocio que se practicaban entonces y su relación con el mundo político tanto dentro como fuera de Roma. En este sentido, se hace imprescindible remarcar los puntos sobresalientes que hemos ido discutiendo en el presente artículo:

- a) Durante la dinastía Julia (aunque no fue la única) se ha observado una tendencia a construir edificios y organizar festivales como modo de apoyo político a la gestión personal. Así, el ocio como elemento onírico (político) invierte el orden establecido en la cultura política pero a la vez la legitima. Estas conclusiones parciales traen consigo cuestiones de otra índole que deben continuar investigándose, ya que los resultados obtenidos sólo son aplicables en un ámbito geográfico determinado: la ciudad de Roma. Empero, fuera de ella existía todo un mundo en ocasiones parecido pero también diferente.
- b) La construcción de la civilidad y la barbarie estaba relacionada al uso de la razón como elemento ordenador del mundo (influencia de la filosofía estoica). Dentro de este ethos existían variados matices y grados, mientras que fuera de él se ubicaban

El ocio como elemento de construcción identitaria

el mundo no civilizado y consecuentemente los bárbaros.

- c) El comercio y el intercambio de bienes con Roma no sólo era un elemento que contribuía a la colonización económica y política, sino que además influía en la asimilación cultural, como en los casos de Bética y parte de Galia. A medida que los diferentes pueblos iban aceptando la vestimenta, costumbres y formas de ocio romanas, iban dejando de lado sus propios estilos de vida. Este fenómeno puede observarse en regiones en las cuales se ubicaba una élite de ciudadanos romanos producto de la explotación minera. En los casos de Germania o Cantabria, parece que los romanos no tenían mucho interés en interactuar con las tribus locales.
- d) La germaneidad, luego de las derrotas de Vero (Teutenburg), fue construida a partir de ciertos parámetros que hacían mención explícita al salvajismo, el coraje, la comunidad, el desapego a la agricultura y a la posesión territorial, el nomadismo como símbolo de atraso económico y la hospitalidad como modo de pacto político entre las tribus. A pesar de las incursiones de César, el Rin se constituyó no sólo como un límite territorial entre el mundo civilizado romano y la Germania profunda, sino como un límite psicológico de caos y desorden.
- e) Los celtas, que habitaban en diversas regiones de Hispania, Galia y Britania, por su parte, se constituyeron en una imagen intermedia con arreglo a valores tales como la astucia, la ambigüedad, la hospitalidad, el valor, en algunos casos la amistad con Roma, las intrigas y cierto esoterismo religioso proveniente de un grupo privilegiado de sacerdotes druidas. Esta civilización significaba para Roma el eslabón intermedio entre el salvajismo puro (cuya máxima expresión eran los germanos) y la civilización helénico-latina.

Estas acotadas conclusiones, si bien sólo son aplicables o discutibles en un rango cronológico que va del año 51 a.C. al 14 d.C., permiten, además, que los hallazgos obtenidos puedan ser comparados con dinastías como los Claudios, Antoninos y

Culturales

Severos, entre otras.¹⁰ Creemos que en este fértil terreno existe un vacío que todavía no ha sido explorado, y donde se focalizarán nuestras futuras investigaciones.

Referencias bibliográficas

- ÁLVAREZ, ESTEFANÍA, “Aspecto económico de la penetración y colonización romana en Asturias”, *Emérita*, núm. 31, 1963.
- BALBÍN CHAMORRO, PALOMA, “Ius Hospitii y ius civitatis”, *Revista Gerión*, núm. 1, 2006, pp. 207-235.
- BLÁZQUEZ, JOSÉ MARÍA, *Nuevos estudios sobre la romanización*, Itsmo, Madrid, 1989.
- BRINGMANN, KLAUS, *La fiesta. De las Saturnales a Woodstock*, Alianza (Alianza Cien), Madrid, 1994. Adaptación disponible en <http://www.temakel.com/fiestassaturnalesromanas.htm>.
- CÉSAR, JULIO CAYO, *Comentarios sobre la guerra de la Galia*, Losada, Buenos Aires, 2004.
- CIOCE SAMPAIO, CARLOS ALBERTO, “El turismo como fenómeno histórico”, *Estudios y Perspectivas en Turismo*, vol. 13, núms. 3 y 4, 2005, pp. 290-302.
- DE LA TORRE MARTÍN-ROMO, RODRIGO, “Tradición de algunos juegos de fichas en los signos lapidarios”, *Revista de Folklore*, tomo 05^a, núm. 49, Fundación Joaquín Díaz, 1985. Disponible en <http://www.funjdiaz.net/folklore>.
- DION CASIO, *Historia Romana. Libros I-XXXV y XXXVI-XLV*, Gredos, Madrid, 2004.
- DUBY, GEORGES Y ARIES, PHILIPPE, *Histoire de la vie privée. Tome 1. de L'empire Román I' an Mil (Poche)*, Editions du Seuil, París, 1985.
- DUTOUR, THIERRY, *La ciudad medieval: orígenes y triunfo de la Europa urbana*, Paidós, Buenos Aires, 2005.

¹⁰ Si bien hemos mencionado algunas anécdotas pertenecientes a las regencias de los Claudios (Tiberio, Druso, Nerón, Calígula), sólo se ha hecho en forma superficial sin cambiar el eje o unidad de análisis de la dinastía Julia, sobre todo concentrado en las figuras de César y Octavio.

El ocio como elemento de construcción identitaria

- ELIADE, MIRCEA, *Mito y realidad*, Guadarrama, Madrid, 1968.
- , *El mito del eterno retorno*, Emecé, Buenos Aires, 2006.
- ESTRABÓN, *Geographica*, en C. Muller y F. Dubner, vol. 2, París, 1853-1877.
- GARCÍA Y BELLIDO, ANTONIO, *España y los españoles hace dos mil años: según la geografía de Estrabón*, Espasa Calpe, Buenos Aires, 1945.
- GELORMINI, NICOLÁS, “Introducción: Roma hasta la época de César”, en Julio Cayo César, *Comentarios sobre la guerra de la Galia*, Editorial Losada, Buenos Aires, 2004.
- GRIMAL, PIERRE, *Virgilio o el segundo nacimiento de Roma*, Eudeba, Buenos Aires, 1985.
- , *El helenismo y el auge de Roma: El mundo mediterráneo en la edad antigua II*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2002.
- HUMBERT, MICHEL, “Municipium et civitas sine suffragio. L’organisation de la conquete jusqu’a la guerre sociale”, Roma, 1978.
- JIMÉNEZ GUZMÁN, LUIS FERNANDO, *Teoría Turística: un enfoque integral del hecho social*, Universidad Externado de Colombia, Bogotá, 1986.
- JIMÉNEZ SÁNCHEZ, JUAN ANTONIO, “Poder imperial y espectáculos en occidente durante la antigüedad tardía”, tesis doctoral dirigida por Josep Vilella Masana, Departamento de Prehistoria-Universidad de Barcelona. Disponible en http://www.tesisenxarxa.net/TE-SIS_UB/AVAILABLE/TDX-0220102-103830//TOL42.pdf.
- KAERST, JULIUS, “Scipio Aemilianus, die Stoa und der Prinzipat”, *Neue Jahrbucher fur Wiss. Und Jugendbild*, 1929, pp. 653-675.
- KORSTANJE, MAXIMILIANO, “Interpretando el génesis del descanso: Una aproximación a los mitos rituales del turismo”, 2007 (material inédito en proceso de publicación).
- MARTÍNEZ PINNA, JORGE, “Conclusión a la etnogénesis latina”, *Revista de Filología Románica*, La Prehistoria Mítica de Roma. Gerión Anejo VI, 2002, pp. 169-179.
- MAUSS, MARCEL, *Ensayo sobre los dones: motivo y formas del cambio en las sociedades primitivas*, Tecnos, Madrid, 1979.

Culturales

- NIETO SÁNCHEZ, JOSÉ, *Historia de Roma*, Libsa, Madrid, 2006.
- PAOLI, UGO ENRICO, *La vida cotidiana en la Antigua Roma*, Terra-mar, Buenos Aires, 2007.
- PLUTARCO, *Vidas Paralelas. Volumen IV. Alejandro y César; Agesilao y Pompeyo; Sartorio y Eumenes*, Gredos, Madrid, 2007.
- RAMOS Y LOSCERTALES, JOSÉ MARÍA, “Hospicio y clientela en la España céltica”, *Emerita*, núm. 10, 1948, pp. 308-337.
- ROBERT, JEAN-NOEL, *Los placeres en Roma*, Edaf, Madrid, 1992.
- ROSTOVITZEFF, MIJAIL IVANOVICH, *Historia social y económica del Imperio Romano*, Espasa Calpe, Madrid, 1962.
- SOLÁ, MARÍA DELIA, *Mitología romana*, Gradifco, Buenos Aires, 2004.
- SUETONIO, CAYO, *Los doce Césares*, Sarpe, Madrid, 1985.
- TÁCITO, CORNELIO, *De las costumbres, sitio y pueblos de la Germania (Obras completas)*, trad. de C. Coloma, Colección Clásicos Inolvidables, Buenos Aires, 1952.
- , *Anales*, Alianza, Madrid, 1993.
- , *Agrícola-Germanía: diálogo sobre los oradores*, Gredos, Madrid, 2002.
- TITO LIVIO, *Historia de Roma desde su fundación*, Gredos, Madrid, 1990/1997.
- TODD, EMANUEL, *El destino de los inmigrantes: Asimilación y segregación en las democracias*, Tusquets, Barcelona, 1996.
- VEBLEN, THORSTEIN, *La clase ociosa*, Fondo de Cultura Económica, México, 1974.
- VEYNE, PAUL, *Histoire de la vie privée*, Editions du Seuil, París, 1985.
- WEBER, MAX, *Economía y sociedad: Esbozo de sociología comprensiva*, Fondo de Cultura Económica, México, 1996.

Fecha de recepción: 4 de enero de 2008

Fecha de aceptación: 15 de enero de 2008